

¿Contigo o sin ti?
Comparación crítica del uso
de herramientas TAO en la
traducción de dos cuentos de
Louisa Baldwin

Master's dissertation written by

ELISABETH CANDINA LAKA

Supervised by

MARIA ROSICH ANDREU



MASTERS IN PROFESSIONAL TRANSLATION

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

TARRAGONA, 2021/22

Plagiarism disclaimer

I declare that the assignment here submitted is original except for source material explicitly acknowledged;

I also acknowledge that I am aware of University policy and regulations on honesty in academic work, and of the disciplinary guidelines and procedures applicable to breaches of such policy and regulations, as contained in [the University website](#)

FULL NAME: ELISABETH CANDINA LAKA

DATE: 20/4/22

SIGNATURE:



Declaración de autoría

Yo, ELISABETH CANDINA LAKA con documento de identificación 30625762C, declaro que

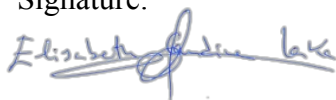
(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Name of the student: Elisabeth Candina Laka

Year: 2022

Signature:



Índice	Pág.
I) Introducción	4
II) Traducción	6
2.1) <i>El fantasma de mi hermano</i>	6
2.2) <i>El raro de los Walford</i>	21
III) La cuenta, por favor: comparación crítica entre el presupuesto original y la factura final	36
3.1) <i>Los presupuestos</i>	37
3.2) <i>La factura</i>	44
IV) Comentario de la traducción	45
4.1) <i>Reflexiones sobre el proceso de traducción</i>	45
4.1.1) <i>Herramientas de traducción</i>	45
4.1.2) <i>¿Contigo o sin ti?: análisis comparativo del uso de herramientas de traducción</i>	45
4.2) <i>Reflexiones sobre las dificultades de la traducción y las estrategias adoptadas</i>	46
4.2.1) <i>El título</i>	46
4.2.2) <i>El lenguaje sexista</i>	48
4.2.3) <i>El lenguaje de época (siglo XIX) y la traducción de los sociolectos bajos o marginales en la literatura</i>	49
4.2.4) <i>La conjunción “but” en el texto original y otros problemas sintácticos</i>	51
V) Conclusión	52
Bibliografía	53
ANEXO. Texto original: dos cuentos de Louisa Baldwin	54
<i>The Real and the Counterfeit</i>	
<i>The Weird of the Walfords</i>	

I) Introducción

La idea original del proyecto surge, en realidad, a raíz de un concurso de traducción: la XXVI edición del Premio Andreu Febrer de Traducción Literaria– *Traducción de narrativa breve del siglo XIX*, cuando en las bases del premio compruebo que, como estudiante del Máster Universitario en Traducción Profesional Inglés-Español (Universitat Rovira i Virgili), puedo presentarme al concurso: «Alumnado de un máster universitario en Traducción e Interpretación, Lenguas Aplicadas, Filologías o disciplinas afines de cualquier facultad del Estado español».

Desde el año 1996, a partir de la figura de Andreu Febrer (Vic, 1375/80 - 1437/44. Poeta y autor de la primera traducción en verso conocida en Europa de la *Divina Commedia* de Dante), los estudios de Traducción, Interpretación y Lenguas Aplicadas de la Universidad de Vic-Universidad Central de Cataluña convocan el Premio de Traducción Andreu Febrer a las mejores traducciones al catalán y al español sobre un tema propuesto por el comité organizador. Y, en esta convocatoria en concreto, la vigesimosexta edición se convoca con el tema *Traducción de narrativa breve del siglo XIX*, donde la traducción deberá ser inédita en la lengua de llegada escogida.

Es aquí donde comienza la búsqueda de autoras británicas de esta época para poder presentarme al premio. Autoras que no hayan sido traducidas con anterioridad y que merezcan que su obra sea divulgada. Doy entonces, por casualidad, con el libro *Damas oscuras (cuentos de fantasmas de escritoras victorianas eminentes)* publicado en la editorial Impedimenta en 2017¹. Tras hojearlo, descubro que, aparte del relato publicado en esta colección: “Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor”, solo dos relatos más de Louisa Baldwin han sido traducidos al español, por lo que decido que es ella, Louisa Baldwin, la autora que voy a escoger para la traducción del relato que presentaré al concurso, pero que, al mismo tiempo, podría proponerlo también para el TFM. Así pues, me pongo en contacto con la directora del máster, la profesora Nune Ayvazyan. Como se trataba de una traducción literaria, la directora del máster me pone en contacto con la profesora Maria Rosich, puesto que es ella —Maria Rosich dirige los

¹ Varios autores, ed. 2017. *Damas oscuras (cuentos de fantasmas de escritoras victorianas eminentes)*, Madrid: editorial Impedimenta.

proyectos de traducción literaria— quien debe interesarse por la propuesta y, en su caso, aceptarla. A la profesora Maria Rosich, después de leer el cuento de Louisa Baldwin que le envió: *The Real and the Counterfeit*, la propuesta le resulta interesante y accede a ser mi tutora para el TFM. Ahora bien, como para el TFM había que traducir un mínimo de 10 000 palabras, y *The Real and the Counterfeit*, tenía menos de diez mil, mi tutora del TFM, Maria Rosich, me sugiere que busque otro cuento más, bien de la misma autora o de otra. Finalmente, y después de valorar otras opciones, decido que los dos cuentos que traduciré para el TFM serán de la misma autora: de Louisa Baldwin (1845-1925). A Louisa Baldwin, se le recuerda, a menudo, como la tía de Rudyard Kipling. Justamente, la colección de cuentos *The Shadow on the Blind and Other Ghost Stories*², donde se recogen los dos cuentos que he escogido para el TFM, están dedicados a su sobrino Rudyard Kipling.

Louisa Baldwin fue una escritora, poeta y cuentista inglesa. Autora de varios libros de éxito en la comunidad literaria victoriana, especialmente de fantasmas, publicó cuatro novelas, varios poemarios, libros infantiles y, al menos, una colección de cuentos de fantasmas: *The Shadow on the Blind and Other Ghost Stories*.

En ocasiones, Louisa Baldwin, empleaba el seudónimo de Alfred Baldwin, nombre de su hijo y futuro Primer Ministro. Utilizar el seudónimo de un hombre era algo muy habitual entre las mujeres escritoras de la época. Mujeres que demostraron tener tanta calidad literaria como sus contemporáneos y que, sin embargo, hoy, cuando pensamos en cuentos góticos del siglo XIX, no es a ellas a quien nombramos. No las recordamos. E incluso, cuando recordamos a algunas de aquellas grandes escritoras, hablamos de ellas en plural, como es el caso de “las hermanas Brontë”. Les arrebatamos su individualidad, su voz poética y única. En este sentido, Louisa Baldwin me llamó la atención por la forma en que utiliza la ironía, el fino humor, dentro de un género como es el cuento gótico o de fantasmas.

Louisa Baldwin: tenía a la autora, tenía los cuentos (*The Real and the Counterfeit* y *The Weird of the Walfords*), solo necesitaba el objeto de estudio. Enseguida supe cuál sería la investigación que llevaría a cabo. Iba a traducir un cuento sin la ayuda de herramientas de traducción, y el otro, con MateCat.

² Baldwin, Louisa, ed. 1895. *The Shadow on the Blind, and Other Ghost Stories*, London: J.M. Dent & Co.

II) Traducción

2.1) *El fantasma de mi amigo*

Will Musgrave decidió que no pasaría las Navidades solo, pero que tampoco pasaría otras Navidades con sus padres y sus hermanas en el sur de Francia. La familia Musgrave emigraba cada año al sur desde su casa de Northumberland, y como Will seguía los pasos de la familia en cada ocasión, para pasar un mes con ellos en la Riviera Francesa, terminó por apenas recordar ya cómo se celebraba la Navidad en Inglaterra. Se rebelaba ante la idea de tener que marcharse del país en una época en la que, si el invierno era templado, estaría cazando, y si, por el contrario, hacía un invierno gélido, estaría patinando sobre hielo; y no le apremiaba ninguna verdadera necesidad, ni sentía ningún deseo, de hibernar en el sur. Tenía un pecho de hierro y los pulmones de acero. El viento helador que soplaba del este —y que hacía que sus padres se zambulleran dentro de los abrigos de piel más gruesos, y que les dolieran hasta los dientes, y fueran capaces de describir con gran detalle todos y cada uno de aquellos dolores, mediante el cálculo pormenorizado de cada dolencia—, no hacía sino resaltar el color de las mejillas y el brillo de los ojos en la fortaleza de la juventud. Decididamente, no iría a Cannes, aunque no merecía la pena enfadar a su padre y a su madre, ni decepcionar a sus hermanas, adelantándoles su decisión.

Will sabía muy bien cómo escribir una carta a su madre en la que su desertión debía aparecer como un hecho ineludible acontecido por causa de fuerza mayor, ante el cual los hijos de Adán deben plegarse. Indudablemente, la perspectiva de pasarse los días cazando o patinando —como señala el destino— influyó en su decisión. Pero también era cierto que hacía tiempo que se había prometido a sí mismo el placer de disfrutar de la compañía de un par de amigos de la universidad, Hugh Armitage y Horace Lawley, y pidió permiso para que pasaran dos semanas en su casa de Stonecroft con él, pues su tutor le había pedido encarecidamente que se tomara un descanso.

—Bendito... —comentó cariñosamente su madre después de leer la carta—. Voy a escribirle a mi querido jovencito y a hacerle saber lo encantada que estoy con su firmeza y determinación. —Pero el señor Musgrave masculló unos sonidos ininteligibles mientras escuchaba a su esposa, los cuales expresaban más bien incredulidad antes que consentimiento, y cuando habló solo fue para decir:

—¡La que pueden armar en Stonecroft esos tres jóvenes solos! Nos vamos a encontrar los establos llenos de caballos con las patas rotas cuando volvamos a casa.

Will Musgrave pasó el día de Navidad con los Armitage, en su casa cerca de Ripon. Y, al día siguiente, por la noche, en el baile que ofrecieron los Armitage se divirtió como solo puede hacerlo un hombre muy joven, quien no se ha hartado aún del baile, y al cual nada agrada tanto como pasarse la vida bailando el vals, con los brazos ocupados en rodear la cintura de su bonita compañera de baile.

Al día siguiente, Musgrave y Armitage salieron para Stonecroft. Recogieron a Lawley de camino y llegaron a su destino al atardecer, exultantes y ansiosos. Stonecroft resultó ser el refugio idílico para descansar al final de tan largo viaje, campo a través, y con aquel frío penetrante —cuando azota el viento del este y la nieve se mete por todas partes. La amplia y acogedora puerta principal daba al vestíbulo panelado en roble, en cuya chimenea ardía un fuego brillante. Estaba iluminado por lámparas que colgaban del techo, las cuales ahuyentaban a las sombras tenebrosas. Nada más entrar en la casa, Musgrave agarró a sus dos amigos, y antes de que tuvieran tiempo de sacudirse la nieve de los abrigos, los besó bajo la rama de muérdago, lo que provocó la risita nerviosa entre los sirvientes que esperaban al fondo de la habitación.

—Cuando no hay más, contigo Tomás —rio y los apartó de él de un empujón—, pues sería una lástima no aprovechar el muérdago. Barker, espero que la cena esté lista, y que se sirva caliente y sea bien abundante, puesto que llevamos todo el camino con el estómago vacío y venimos hambrientos. —Guió entonces a los invitados a sus habitaciones en la planta de arriba.

—¡Qué hermosa galería! —comentó Lawley con entusiasmo, al entrar al largo y ancho pasillo. Tenía muchas puertas y varias ventanas; y con cuadros y trofeos militares que colgaban de las paredes.

—Sí, es lo que le aporta su carácter a Stonecroft —apuntó Musgrave—, va todo a lo largo de la casa, y la recorre desde el lado más moderno hasta la parte trasera, que es muy antigua; se construyó sobre los cimientos de un monasterio cisterciense que, alguna vez, se erigió sobre este mismo punto. La galería es suficientemente ancha como para cruzarla en carruaje, y con un par de caballos. Es el paso principal de la casa. Con mal tiempo, mi madre da su paseo diario dentro de esta galería, como si paseara al aire libre, y lo hace con la capota puesta para hacer más real la ilusión.

Armitage, atraído por los cuadros, los miraba con atención, y en especial el retrato, a tamaño real, de un hombre joven vestido con un traje azul y el pelo empolvado. Estaba sentado bajo un árbol, con un perro de caza a los pies.

—¿Un antepasado tuyo? —preguntó Armitage, señalando el cuadro.

—¡Oh, son todos los antepasados de uno! Y menuda panda más heterogénea que son. Puede que os divierta saber, a ti y a Lawley, de quién heredé esta buena presencia. Ese hermoso joven que, al parecer, ha despertado tu admiración es mi tatarabuelo. Murió a los veintidós años, una edad ridícula para un antepasado. Pero continuemos, Armitage, que ya tendrás tiempo de hacer justicia a todos los cuadros a plena luz del día, y quiero mostraros vuestras habitaciones. Creo que todo se ha dispuesto para que os halléis cómodos. Nuestras habitaciones están cerca. Las habitaciones más agradables de la casa están ubicadas sobre la galería. Y aquí nos hallamos, casi al final de la misma. Vuestras habitaciones están justo enfrente de la mía; y comunicadas entre sí, por si os sintieseis inquietos y solos en medio de la noche, tan lejos de casa, mis queridos niños.

Y Musgrave apremió a sus amigos a que entraran en sus habitaciones, mientras él se apresuraba a la suya, silbando alegremente.

A la mañana siguiente, cuando los amigos se despertaron, estaba todo completamente nevado. Quince centímetros de nieve magnífica, tan seca como la sal, lo cubría todo; el cielo sobre sus cabezas parecía una cubierta de acero, y todas las señales anunciaban otra fuerte nevada.

—Pues vaya —se quejó Lawley, después del desayuno. Se había parado de pie frente a la ventana, con las manos en los bolsillos, y miraba por la ventana—. La nieve nos habrá estropeado la pista de hielo.

—Pero no impedirá que vayamos a cazar patos —replicó Armitage—, y digo yo, Musgrave, que podemos montar un tobogán ahí fuera. Veo ahí una ladera que parece que estuviera hecha a medida para nuestro propósito. Si podemos tirarnos por ese tobogán, ya puede nevar todo el día y toda la noche, por lo que a mí respecta. ¡Seremos los reyes!

—Buena idea, Armitage —celebró Musgrave, saltando de alegría ante la idea.

—Sí, pero hacen falta dos laderas y un poco de valle en el medio para poder deslizarse de verdad —objetó Lawley— si no, bajarás por la loma como si te deslizaras desde Mount Church a Funchal, y luego te pasaría igual que allí, que tendrías que desandar los pasos con el trineo a cuestas, lo cual disminuye la diversión considerablemente.

—Bien, solo podemos trabajar con el material que tenemos a mano —resolvió Armitage—. Vamos a ver si podemos encontrar un mejor lugar para deslizarnos ladera abajo, y algo que pueda servirnos de trineo para deslizarnos con ello.

—Eso es fácil de encontrar, las cajas de vino vacías son ideales y unos palos gruesos para maniobrar. —Allá que se fueron corriendo los jóvenes al campo en busca del material, seguidos por media docena de perros que ladraban alegres.

—¡Por Júpiter! Si cuaja la nieve, les pondremos unos patines a unas sillas robustas y nos acercaremos hasta la casa de los Harradines, en Garthside, e invitaremos a las chicas a venir en trineo, y empujaremos los trineos —les gritó Musgrave a Lawley y a Armitage, quienes se le habían adelantado en el vano intento por alcanzar al galgo, el cual lideraba la partida.

Tras una larga y minuciosa búsqueda, encontraron el terreno que encajaba con sus propósitos, y les habría divertido a sus compañeros de clase ver con qué afán trabajaron los tres jóvenes, a las órdenes del puro placer. Trabajaron sin parar durante cuatro horas para construir el tobogán. Retiraban la nieve que escarbaban con las palas. Luego nivelaron el terreno con el pico y la pala, para que cuando se esparciera la capa de nieve virgen por encima, su improvisado vehículo pudiera correr cuesta abajo por la pendiente inclinada y de nuevo, con el ímpetu de la fuerza, remontara por encima de otro montículo, hasta detenerse por la inercia en un ventisquero.

—Si al menos pudiéramos terminar esta pequeña obra de ingeniería —dijo Lawley, lanzando una palada de tierra a un lado mientras hablaba—, el tobogán estaría en perfecto estado para mañana.

—Sí, y una vez construido, sería para siempre —respondió Armitage, mientras trabajaba con gran alegría, y hundía el pico en la tierra congelada y dura y llena de piedras, y sin perder el equilibrio en la pendiente mientras tanto—. El buen trabajo es para toda la vida. En la posteridad, nos agradecerán el legado de un tobogán tan magnífico.

—La posteridad tal vez, mi querido amigo, pero nuestros progenitores nos lo agradecerían bien poco si, por casualidad, se le ocurriera a mi padre bajar por él —dijo Musgrave. Cuando terminaron con la tarea, y los trabajadores se convertían de nuevo en caballeros, pusieron rumbo a Garthside en medio de la fuerte nevada para ir a visitar a sus vecinos, los Harradine. Se habían ganado el placer del té y de la charla animada; aún les bullía la sangre tras el estimulante trabajo, y se encontraban muy animados. No regresaron a Stonecroft hasta que lograron que las chicas fijaran una hora en la que podrían venir con sus hermanos para ser lanzados cuesta abajo por el tobogán —

empíricamente probado—metidos en cajas de vino, que acolcharon para la ocasión con cojines.

Ya tarde, aquella noche, los jóvenes se sentaron a fumar y charlar en la biblioteca. Habían jugado al billar hasta que se sintieron cansados. Y Lawley había cantado canciones románticas, acompañado por el banjo, hasta que se sintió exhausto; ni qué decir cuánto lo estarían sus oyentes. Armitage se había sentado inclinado hacia atrás, y apoyaba en la silla la cabellera rizada. Expulsaba las caladas del humo del tabaco con delicadeza. Fue el primero en romper el silencio del pequeño grupo.

—Musgrave —dijo de pronto—, una casa vieja no está completa si no está encantada. Deberías tener un fantasma propio en Stonecroft.

Musgrave dejó caer al suelo la novela de tapas amarillas que acababa de coger y todas las miradas se concentraron en él.

—Pero sí que lo tenemos, mi querido amigo, lo que sucede es que no se ha dejado ver desde la época de mi abuelo. Ese es el deseo que llevo anhelando toda mi vida: llegar a conocer al fantasma de la familia.

Armitage rio, por el contrario, Lawley le espetó:

—No dirías eso si creyeras en fantasmas de verdad.

—Creo en ellos con devoción. Pero, como es natural, deseo ver para creer. Ya veo que tú también crees en ellos.

—Ves lo que no existe, y, por lo tanto, reúnes todas las condiciones para ver fantasmas. No, mi opinión es la siguiente —prosiguió Lawley—, ni creo en ellos, ni niego su existencia. Tengo la mente abierta a las diferentes convicciones sobre la materia. Muchas personas de gran juicio creen en ellos, y otros, con la misma capacidad mental, no creen. Simplemente, creo que el caso de los fantasmas está sin resolver. Puede que existan o que no existan, pero que, hasta que su existencia quede plenamente demostrada, rehúso añadir tal incómodo artículo a mi credo, como es el hecho de creer en fantasmas.

Musgrave no respondió, pero Armitage soltó una risa estridente.

—Uno contra dos, sois una abrumadora mayoría —concluyó—. Musgrave confiesa abiertamente que cree en fantasmas, y tú eres neutral, ni crees ni dejas de creer, aunque estás dispuesto a que te convenzan de su existencia. Ahora bien, yo me considero un descreído en lo que a lo sobrenatural respecta, de pies a cabeza. Cuando la gente pierde los nervios, estos les juegan una mala pasada, y seguirán haciéndolo hasta el final de los días. Y si yo tuviera la gran fortuna de ver al fantasma de la familia de Musgrave esta

noche, no creería más en ellos de lo que lo hago en este mismo momento. Por cierto, Musgrave, ¿es el fantasma un hombre o una mujer? —preguntó frívolamente.

—No creo que merezca la pena responderte.

—¿No sabíais que un fantasma no es él ni ella? —apuntó Lawley— Igual que un cadáver, es siempre asexual.

—Una información crucial, teniendo en cuenta que proviene de un hombre que ni cree ni deja de creer en los fantasmas. ¿Cómo se entiende eso, Lawley? —dijo Armitage.

—¿No es posible que un hombre esté bien informado sobre un asunto sin que llegue a tomar posición? Creo que soy el único que posee una mente lógica entre nosotros. Musgrave creen en ellos, aunque nunca ha visto uno. Tú no crees en ellos, y dices que no te convencerías de lo contrario, aunque vieras uno, lo cual no tiene mucha lógica para mí. No es necesario, para mi tranquilidad, poseer una opinión definitiva sobre el asunto. Después de todo, es solo una cuestión de paciencia, porque si los fantasmas existen de verdad, todos nos convertiremos en uno con un poquito de tiempo, y entonces, si no tenemos nada mejor que hacer, y se nos permite gastar tales ridículas bromas, podremos aparecer de nuevo en escena y asustar, de igual modo, tanto a los crédulos como a los incrédulos de cuantos amigos nos sobrevivan.

—Entonces, trataré de adelantarme a ti, Lawley, y me convertiré en fantasma primero. Me veo más asustando a otros que siendo yo el blanco de tales bromas. Pero, Musgrave, haz el favor de hablarme del fantasma de tu familia. Estoy muy interesado en el asunto, y seré respetuoso.

—Bien, lo tengo en cuenta, y no tengo ninguna objeción en contaros lo que conozco al respecto, que, en pocas palabras, se traduce en lo siguiente: Stonecroft, como os comenté, está construido sobre un antiguo monasterio cisterciense, el cual fue destruido en la época de la Reforma. Como ya os comenté, la parte de atrás de la casa se erige sobre los cimientos antiguos de un monasterio cisterciense, y las paredes son de piedra. Las cuales, en su día, conformaban íntegramente el edificio del monasterio. El fantasma que ha sido visto por los miembros de la familia Musgrave, desde hace tres siglos, es el de un monje cisterciense que va vestido con el hábito blanco de la orden. De quién se trata, o por qué lleva tanto tiempo vagando por la tierra, continúa siendo un misterio para nosotros. El fantasma ha sido visto una o dos veces en cada generación. Pero, como dije, no nos ha visitado desde la época de mi abuelo, por lo que, al igual que un cometa, se prevé que se presente de nuevo ahora.

—Cuánto debes de lamentar que sucediera en una época anterior a la tuya —dijo Armitage.

—Por supuesto que sí, pero aún no he perdido las esperanzas de verlo. Por lo menos, sé dónde buscarlo. Siempre se ha aparecido en la galería, y he dispuesto mi habitación cerca del lugar donde fue visto por última vez, con la esperanza de abrir la puerta una noche de luna llena y, de pronto, encontrármelo allí plantado.

—¿Plantado dónde? —preguntó incrédulo Armitage.

—En la galería, sin lugar a dudas, a medio camino entre vuestras dos puertas y la mía. Ahí es donde mi abuelo lo vio por última vez. Le despertó, en medio de la noche, el ruido de una puerta pesada cerrándose. Corrió a la galería, desde donde provenía el ruido, y de pie, frente a la puerta de la habitación en la que me hospedo, estaba la blanca figura del monje cisterciense. Se quedó mirándolo, y vio cómo se deslizaba a lo largo de la galería y se esfumaba dentro de la pared. El lugar donde desapareció se ubica sobre los cimientos del antiguo monasterio, por lo que es evidente que regresaba a su antigua morada.

—¿Y tu abuelo creyó que había visto un espectro? —preguntó Armitage con desdén.

—¿Podía negar la evidencia de sus sentidos? Vio tal cosa con la nitidez que nos vemos ahora nosotros, y desapareció por la pared en la forma de un fino vapor.

—Mi querido amigo, ¿no te parece que esa anécdota sería más propia de tu abuela que de tu abuelo?³ —señaló Armitage. No era su intención mostrarse irreverente, si bien lo había conseguido; el gesto frío, reticente, que revelaba la cara de Musgrave fue suficiente para que se diera cuenta de ello al instante—. Perdóname, pero no me puedo tomar una historia de fantasmas en serio —añadió—, aunque podría concederte que, tal vez, hayan existido hace muchos años en lo que literalmente era la época oscura, cuando las velas de junco y los candelabros parpadeantes y titilantes eran incapaces de mantener las sombras alejadas. Pero en esta parte del siglo XIX, cuando el gas y la luz eléctrica han transformado la noche en el día, hemos destruido las condiciones que eran propicias para fabricar fantasmas —o, más bien, las creencias en su existencia, que viene a ser lo mismo. La oscuridad siempre ha sido mala compañera para los humanos, les altera los nervios. No puedo explicar la razón, pero es así. Para la época, mi madre era una adelantada en la materia, e insistía siempre en que se dejara una luz encendida por la noche en el cuarto

³ El comentario evidentemente machista que refleja la actitud de la época.

de los niños, por lo que de niño, cuando me despertaba de una pesadilla, nunca me asustaba la oscuridad. Y, en consecuencia, me he convertido en un completo descreído en lo que se refiere a los fantasmas, espectros, espíritus, apariciones, desdoblamientos, y en toda la prole. —Y Armitage miró a su alrededor despacio, complaciente.

—Tal vez, habría sentido lo mismo que tú si no hubiera crecido con el conocimiento de que mi casa estaba encantada —replicó Musgrave. Mostraba un evidente orgullo por su antepasado fantasma. Tan solo quisiera convencerlos de la existencia de lo sobrenatural desde mi propia experiencia. Siempre tengo la sensación de que ahí radica el punto débil de una historia de fantasmas, que nunca se cuenta en primera persona. Resulta que se trata de un amigo, o del amigo de un amigo, quien fue el agraciado, quien, en efecto, vio al fantasma.

Armitage entonces se hizo un juramento: al cabo de una semana, a partir de aquel mismo momento, Musgrave vería al fantasma de la familia con sus propios ojos. Y, en adelante, siempre podrá hablar con el enemigo en la puerta⁴. Su ingeniosa mente urdió varios planes para que se produjera la tan ansiada aparición. Pero hubo de mantener aquellos planes en secreto, dejando que se consumieran por dentro. Lawley sería el último hombre en prestarse a ofrecerle su ayuda y hacer de cómplice en la broma instructiva que le quería gastar a su anfitrión, y se temió que iba a tener que trabajar sin un aliado. Y, a pesar de que habría disfrutado de su apoyo y de su colaboración, le pareció que se trataría de un doble triunfo si sus dos amigos veían al monje cisterciense. Musgrave ya creía en ellos, y estaba más que dispuesto a encontrarse a uno, y Lawley, a pesar de presumir de tener un juicio imparcial en lo que a fantasmas concernía, tampoco se mostraba reacio a que le convencieran de su existencia, si, en efecto, se lo podían demostrar.

Armitage se mostró más alegre que de costumbre al ver que las circunstancias favorecían su despiadado plan. El tiempo era propicio para sus intenciones, puesto que la luna salía más tarde y pronto habría luna llena. Al consultar el calendario, pudo comprobar con gran satisfacción que, al cabo de tres días, la luna saldría a las dos de la madrugada y, una hora más tarde, el fondo de la galería más cerca de la habitación de

⁴ Hace referencia a una cita bíblica del *Libro de los salmos*, salmo 127:5, King James Version (KJV 1900). En el original, en el cuento de Louisa Baldwin: “Musgrave should see his family ghost with his own eyes, and ever after be able to speak with his enemy in the gate.”

Happy is the man that hath his quiver full of them:
They shall not be ashamed,
But they shall speak with the enemies in the gate.

Musgrave se llenaría de luz. Aunque Armitage sabía que no iba a poder contar con un cómplice bajo el mismo techo, iba a necesitar a uno cerca, el cual fuera diestro con el hilo y la ajuga, para poder coser el disfraz, la sotana blanca y la capucha del monje cisterciense. Y, cuando al día siguiente, fue a casa de los Harradines para sacar a pasear a las jóvenes en los improvisados trineos, tuvo la suerte de tocarle llevar a la más joven de las Harradine. Mientras empujaba la silla con patines sobre la nieve dura, nada fue más fácil que inclinarse y susurrar al oído de Kate:

—Voy a llevarla lo más rápido que pueda para que nadie pueda escuchar lo que decimos. Preciso de su amable colaboración, necesito que me ayude a gastarle una broma a Musgrave, algo inofensivo y muy instructivo. ¿Me promete guardar el secreto durante un par de días, hasta que nos riamos todos de la broma?

—Oh, sí, le ayudaré con sumo placer, pero no se demore y cuénteme cuál es esa broma tan instructiva que le quiere gastar.

—Quiero hacerme pasar por el fantasma de la familia de Musgrave, y hacerle creer a Musgrave que ha visto al monje cisterciense vestido con el hábito de la orden, el que fue visto por última vez por su respetado e ingenuo abuelo.

—¡Qué buena idea! Sé que está deseando ver al fantasma, y se lo toma como una afrenta personal que no se le haya aparecido nunca a él. Pero ¿no le asustará vuestra intención? —Kate giró la cara ruborizada hacia él, y Armitage paró el pequeño trineo sin querer—. Porque una cosa es desear ver un fantasma, sepa usted, y otra bien distinta creer que lo has visto.

—Oh, no se preocupe por Musgrave. Estaremos haciéndole un favor, haciéndole ver lo que tanto desea. Estoy organizándolo todo de tal manera que Lawley también podrá disfrutar del espectáculo, y verá al fantasma a la vez. Y, si dos hombres fuertes, juntos, son capaces de enfrentarse a un fantasma, mucho más cierto será que se enfrenten a uno de fabricación casera, una lástima si no.

—Bien, si considera que se trata de una broma inofensiva, sin duda, llevará razón. Pero ¿cómo podría yo ayudarle? ¿Supongo que con el hábito del monje?

—Exacto. La estaré sumamente agradecido si pudiera confeccionar algún tipo de prenda que pueda pasar por el hábito de un monje cisterciense a los ojos de dos hombres (quienes, de todos modos, no estarán muy en sus cabales durante el breve tiempo que durará la aparición). No la importaría si yo mismo fuera un buen costurero (¿es este el masculino de «costurera»?) Los dedales me resultan un incordio y, en la universidad,

cuando tengo que coser un botón, paso la aguja empujándola con una moneda, y tiro de ella por el otro lado agarrándola con los dientes. El proceso resulta laborioso.

Kate rio alegremente:

—Oh, puedo sacar sin problemas alguna cosa de una bata blanca que le vaya bien a un fantasma, y coserle una capucha.

Armitage le contó entonces a Kate los detalles de su plan, trazado a conciencia. Cómo él iría a su habitación, cuando Musgrave y Lawley fueran a las suyas, en la noche señalada; cómo se quedaría sentado esperando a que los otros estuvieran profundamente dormidos. Entonces, cuando saliera la luna —y si las nubes tapaban a la luna, y en el caso de no poder contar con su luz, cómo tendría entonces que retrasar su plan—, se disfrazaría del fantasma del monje, apagaría las velas, abriría la puerta con cuidado y miraría dentro de la galería para comprobar que todo estaba preparado:

—Entonces, daré un tremendo portazo, que fue lo que anunció la aparición del fantasma la última vez, y despertará a Musgrave y Lawley, y los hará salir disparados de la habitación. La puerta de Lawley esta junto a la mía, y la de Musgrave justo enfrente, por lo que ambos dispondrán de unas vistas magníficas del fantasma en el mismo instante, y podrán comparar sus observaciones más tarde en los ratos libres.

—¿Y qué hará si le descubren enseguida?

—Oh, no lo harán. La capucha cubrirá mi rostro y me pondré de espaldas a la luna. Mi más íntima convicción es que, a pesar de los anhelos de Musgrave por ver el fantasma, no le gustará cuando crea que ve uno. Tampoco a Lawley, y sospecho que se irán corriendo a sus habitaciones y se encerrarán en las mismas en cuanto atisben al monje. Ello me daría tiempo para volver a todo correr a mi habitación, cerrar con llave, desprenderme de mis galas, esconderlas, y de desperezarme, recién despertado de un profundo sueño, y levantarme de la cama despacio cuando ellos vengán a tocar a la puerta de mi habitación para contarme el horrible suceso que acaba de ocurrir. Y una nueva historia de fantasmas se añadirá a la lista de las que ya circulan.

Y Armitage, anticipando la diversión, rio muy alto.

—Esperemos que todo salga exactamente como lo ha planeado, y nos sentiremos todos felices. Y, ahora, ¿le importaría girar el trineo para volver con los demás? Ya hemos conspirado lo suficiente. Si nos ven a los dos hablando tan apartados del grupo, sospecharán que estamos tramando alguna fechoría. Oh, ¡qué viento más frío! Es delicioso escuchar cómo silba el viento al pasar por el pelo —dijo Kate. Armitage, mientras tanto, había girado con gran habilidad el pequeño trineo y lo conducía rápido

delante de él, con el viento norte de cara. Kate hundió la barbilla entre las pieles del abrigo.

Al cabo de dos días, por la tarde, Armitage halló el momento oportuno para llevar a cabo el encuentro con Kate, a medio camino entre las dos casas; era entonces que ella debía entregarle el paquete que contenía el hábito del monje. Los Harradine y toda su prole vendrían el jueves por la tarde para probar el tobogán en Stonecroft. Pero Kate y Armitage estaban dispuestos a sacrificar tal placer por el negocio que se traían entre manos.

Los conspiradores no hallaron otro modo para esquivar a sus amigos durante un par de horas, cuando, bajo estrictas medidas de seguridad, se realizaría la importante entrega a Armitage. Él lo llevaría entonces, con mucho sigilo, a su habitación y lo guardaría bajo llave hasta que fuera a necesitarlo de madrugada.

Aquella tarde, cuando los jóvenes llegaron a Stonecroft, la señorita Harradine se disculpó por la ausencia de su hermana, debida a, según dijo ella, un fuerte dolor de cabeza.

A Armitage, se le aceleró el corazón al escuchar tal excusa, y pensó lo práctico que podía resultarle aquello al misterioso sexo. La habilidad que tenían las mujeres para inventarse un dolor de cabeza a su antojo, de igual modo que uno abre o cierra el grifo del agua caliente o de la fría.

Después de la merienda, como había más caballeros que señoras, y los servicios de Armitage no eran requeridos en el tobogán, este decidió sacar a pasear a los perros. Con gran entusiasmo, se puso en marcha para reunirse con Kate. A pesar de lo mucho que disfrutaba madurando el plan, aún disfrutaba más de la íntima conversación con Kate, la cual había surgido a raíz del mismo, y le lastimaba que el encuentro fuera a ser el último. Pero la luna no iba a quedarse quieta en el cielo para representar su pequeña comedia, y la luz de la luna resultaba imprescindible para representar la comedia, tal y como la había previsto. El fantasma debía ser visto a las tres de la madrugada del día siguiente, en el lugar y hora fijados, cuando se dieran las condiciones de iluminación necesarias para llevarlo a término.

Mientras Armitage caminaba ligero por la nieve, atisbó la figura de Kate a cierta distancia. Ella, sonriente, le saludó con la mano y señaló el paquete —parecía grande— que traía. El resplandor rojizo del sol de invierno brillaba sobre Kate, resaltaba los cálidos colores del pelo castaño, y hacía brillar sus ojos marrones. Armitage la miró sin esconder la admiración que sintió.

—Es tan amable por su parte ofrecerme su ayuda —dijo él, mientras recibía el paquete—. Volveré mañana para contarle cómo fue la instructiva broma. Pero, dígame, ¿cómo sigue ese dolor de cabeza? —inquirió sonriente—. Tiene un aspecto tan diferente del habitual en estos casos, con dolores o achaques, que olvidé preguntárselo.

—Muchas gracias, estoy mejor. No fue del todo un dolor impostado, si bien me sobrevino muy oportunamente. Me desvelé anoche, no porque me estuviera arrepintiéndome en lo más mínimo de prestarle mi ayuda, por supuesto que no; sin embargo, deseaba que todo se pasara rápido. Una ha oído hablar de estas cosas, de estos trucos que, en ocasiones, resultan tan certeros que la gente termina perdiendo la cabeza con el susto, y no me lo perdonaría nunca si los señores Musgrave y Lawley se murieran del susto.

—En serio, señorita Harradine, me parece que no hay necesidad alguna de preocuparse por la salud mental de dos jóvenes fuertes y sanos. Si por alguno debe temer, ese soy yo. Si me descubren, se abalanzarán sobre mí y me destrozarán en el acto. Le aseguro que yo soy la única persona por la que se ha de temer. —Y la expresión grave, pasajera, cruzó como una nube el radiante rostro de Kate; y Kate admitió que resultaba bastante absurdo sentirse inquieta por aquellos dos hombres jóvenes, fornidos, más llenos de músculo que de nervios. Y partieron, Kate apresurándose a casa pues se acercaba el crepúsculo, y Armitage, después de verla desaparecer, retrocediendo sobre sus pasos con el preciado paquete bajo el brazo.

Entró en la casa sin ser visto, y tras alcanzar la galería por una escalera trasera, avanzó a tientas hasta su habitación. Depositó su tesoro en el armario, lo cerró con llave, y atraído por el ruido de las risas, corrió abajo, al salón. Will Musgrave y sus amigos, tras un par de horas de ejercicio al sol, habían entrado en casa en cuanto se quedaron sin luz. De buena gana fueron a tomar juntos el té y las tortitas, mientras charlaban y se reían al recordar las aventuras de aquella tarde.

—¿Dónde te habías metido, viejo amigo? —preguntó Musgrave cuando Armitage entró en la habitación—. Me parece a mí que tú tienes un tobogán privado en algún lugar secreto. Si la luna saliera a una hora decente y no a unas horas intempestivas, cuando a nadie le sirve ya su luz, hubiéramos ido a buscarte.

—No habrías tenido que ir muy lejos. Me habríais encontrado en el camino de la caseta de peaje.

—Pero, ¿por qué ese ánimo tan apagado y sumiso? ¡Cómo puedes preferir pasear por la carretera cuando podrías haber estado deslizándote por el tobogán con nosotros! —dijo Musgrave con afectada simpatía, quien terminó riendo como un chiquillo y

enredándose en una pelea de lucha libre entre los jóvenes, durante la cual Lawley evitó, en más de una ocasión, que volcará la mesa donde habían servido el té.

Poco después, una vez desaparecidos los pasteles y las tostadas ante el apetito de los jóvenes, encendieron las linternas, y Musgrave y sus amigos y los hermanos de las Harradine se dispusieron —como guardaespaldas— a acompañar a las jóvenes damas a casa. Armitage estaba alborotado, y como le pareció que Musgrave y Lawley se habían apropiado de la compañía de las dos jóvenes más bonitas del grupo, bailaba desaforado el vals a lo largo del camino, por delante de ellos, con la linterna en la mano como el mismísimo fuego fatuo.

Los jóvenes no se despidieron hasta planear nuevos placeres para el día siguiente, y Musgrave, Lawley, y Armitage regresaron para la cena en Stonecroft. De regreso, llenaron el aire con canciones alegres con las que amenizaron el camino a casa.

Tarde por la noche, cuando los jóvenes estaban sentados en la biblioteca, Musgrave exclamó de pronto, mientras cogía un libro de lo alto de la biblioteca:

—¡Ey! ¡Me he encontrado el diario de mi abuelo! He aquí su propio relato de cómo vio al monje del hábito blanco en la galería. Lawley, puedes leerlo si quieres, pero no será desperdiciado ante un descreído como Armitage. ¡Por Júpiter! ¡Qué extraña coincidencia! Hace exactamente cuarenta años esta noche, el treinta de diciembre, desde que vio al fantasma —le pasó el diario a Lawley, quien leyó la narración del señor Musgrave con gran atención.

—¿Es esto como aquello de «por poco me convences»?⁵ —preguntó Armitage, percatándose de su intención y viendo que fruncía el ceño.

—Apenas sé lo que creo. Nada positivo en cualquier caso. —Y cambió de tema porque se dio cuenta de que Musgrave no tenía ninguna intención de debatir sobre el fantasma de la familia en la antipática presencia de Armitage.

Se retiraron pronto y la hora que Armitage tan alegremente había anticipado se acercaba.

—Buenas noches a los dos —se despidió Musgrave y entró en su habitación—. Me quedaré dormido en cinco minutos. Todo este ejercicio al aire libre hace que un hombre sienta una inexplicable somnolencia por la noche. —Y los jóvenes cerraron las puertas de sus habitaciones, y se hizo el silencio en Stonecroft Hall.

⁵ —¡Por poco me convences para que me haga cristiano! —contestó Agripa. (Referencia bíblica al libro de los Hechos 26:28-30). En el original, en el cuento de Louisa Baldwin: “Is it a case of ‘almost thou persuadest me?’”

Las habitaciones de Armitage y de Lawley estaban una al lado de la otra, y en menos de un cuarto de hora, Lawley soltó un alegre «buenas noches», al cual correspondió el amigo del mismo modo. Entonces, Armitage se sintió mezquino y traidor. Musgrave y Lawley dormían profundamente, mientras él se mantenía despierto, sentado y vigilante madurando el malvado plan que tenía por objeto despertar y asustar a los dos inocentes durmientes. No se atrevía a fumar para pasar el rato, no fuera a ser que el humo del tabaco se colara por el ojo de la cerradura y lo delatara, informando a Lawley al instante —si se despertaba— de que su amigo estaba también despierto y actuando como a pleno día.

Armitage extendió el hábito blanco de monje sobre la cama y sonrió al tocarlo, al pensar que los bonitos dedos de Kate habían estado trabajando sobre la tela hacía tan poco. No necesitaba ponérselo aún hasta dentro de un par de horas, y para ocupar el tiempo se sentó a escribir. Le habría gustado echarse una siesta. Pero sabía que si se dejaba vencer por el sueño, no habría quien lo despertara hasta que fueran a llamarle a las ocho de la mañana. Mientras se inclinaba sobre su escritorio, en el gran reloj daba la una de la madrugada, tan repentino y agudo fue que le pareció como un golpe en la cabeza y comenzó con violencia:

—¡Lawley duerme como un cerdo, incapaz de oír un ruido así! —pensó, mientras subía el volumen de los ronquidos en la habitación de al lado. Entonces acercó las velas y prosiguió escribiendo, y un montón de cartas fueron testigos de su labor, hasta que de nuevo el reloj anunció la siguiente hora. Pero esta vez la esperaba, y no se sobresaltó, solo que el frío le hizo temblar: «Si no estuviera convencido de llevar a cabo este maldito y disparatado plan, ahora me iría a la cama —pensó—, pero no puedo romper mi palabra por Kate. Ella ha hecho el traje y debo llevarlo, mala suerte», y, con un gran bostezo, dejó caer la pluma y se levantó para mirar por la ventana.

Era una noche clara y gélida. En el extremo del cielo negro, salpicado de estrellas, una borrosa franja de fría luz anunciaba que la luna estaba a punto de salir. Qué diferente de la tenue luz del amanecer, que preludia el alegre día, es la solemne salida de la luna en medio de una noche de invierno. Su luz no está hecha para despertar al mundo durmiente y llevarlo a sus tareas, cae sobre los ojos cerrados, cansados, y tiñe de plata las tumbas de aquellos cuyo descanso no será importunado jamás. Armitage no se dejaba impresionar fácilmente por el aspecto sombrío de la naturaleza —por el contrario, enseguida se dejaba seducir por su alegre y jovial influencia—, sin embargo, se alegraría de ver que la farsa

había terminado y él ya no estaba obligado a vigilar la pálida luz elevarse y extenderse, solemne como el amanecer del último día.

Se volvió y alejó de la ventana, y procedió a convertirse en la mejor imitación del monje cisterciense que podía imaginar. Se echó por encima de la ropa el hábito blanco, para que pudiera parecer más grande, y marcó los círculos negros alrededor de los ojos, y espolvoreó la cara de un blanco espectral.

Armitage rio en silencio al ver su reflejo en el cristal y deseaba que Kate pudiera verle ahora. Entonces abrió la puerta con cuidado y miró dentro de la galería. La luz de la luna resplandecía sobre la oscuridad de la ventana del fondo, a la derecha de su habitación y de la de Lawley. Pronto estaría donde él la quería, ni demasiada luz ni demasiado oscuro, para que su plan tuviera éxito. Dio unos pasos atrás en silencio para seguir esperando, y se apoderó de él un sentimiento —lo más parecido al nerviosismo— que jamás había sentido antes. Su corazón latía acelerado, comenzaba a sentirse como una niña asustada, cuando un búho ululó y rompió el silencio. Ya no le interesó mirarse en el reflejo del cristal. Se había asustado con la palidez espectral de su cara empolvada. «¡Al diablo con todo! Ojalá Lawley no hubiera dejado de roncar. Se agradecía la compañía».

Y de nuevo miró a la galería y ahora la luna proyectaba sus fríos rayos donde pensaba colocarse. Apagó la luz y abrió la puerta completamente, y dando unos pasos dentro de la galería, la dejó caer con un fuerte golpe cuyo eco resonó, pero que solo consiguió que Musgrave y Lawley se dieran media vuelta sobre sus almohadas. Armitage estaba allí de pie, vestido como el fantasma de Stonecroft, en medio de la galería, bajo la pálida luz de la luna, esperando a que las puertas de ambos lados se abrieran de golpe y revelaran las caras aterrorizadas de sus amigos.

Le dio tiempo a maldecir la mala suerte de que, justo aquella noche, ellos tuvieran el sueño tan profundo, y temió que los sirvientes hubieran oído el ruido que los señores no oyeron, y que vinieran corriendo al lugar, y estropearan el juego. Pero nadie vino, y mientras Armitage estaba allí parado, los objetos de la galería se hacían más y más claros por momentos, pues su vista se había ido haciendo a la oscuridad.

—¡No me había dado cuenta antes de que hubiera un espejo al fondo de la galería! Parecería impensable que la luna pudiera iluminar tanto para que sea capaz de ver mi propio reflejo tan lejos, solo el blanco resalta tanto en la oscuridad. ¿Pero es mi propio reflejo? ¡Maldita sea, esa cosa se mueve y yo sigo aquí parado! ¡Sé lo que es! Es Musgrave disfrazado, tratando de darme un susto, y Lawley ayudándole. Se me han

adelantado, por eso no salieron de sus habitaciones cuando hice tanto ruido como para despertar a los muertos. ¡Qué raro que estemos todos haciéndonos, a la vez, la misma broma aleccionadora! ¡Acércate aquí falso fantasma, y ya veremos cuál de los dos se vuelve más blanco!

Pero, para sorpresa de Armitage, la cual muy pronto se transformaría en terror, la figura blanca que creyó que se trataba de Musgrave disfrazado, y que, al igual que él, andaba jugando a los fantasmas, comenzó a avanzar hacia él, despacio, deslizándose sobre el suelo, sin tocar el suelo con los pies. El valor de Armitage era grande, y estaba decidido a mantenerse en pie, frente a aquello tan ingeniosamente urdido por Musgrave y Lawley para asustarlo y hacerle creer en lo sobrenatural.

Pero un sentimiento se apoderó del fuerte joven, el cual no había sentido jamás hasta entonces. Abrió la boca reseca mientras aquella cosa flotaba hacia él, y profirió un grito áspero e inarticulado, el cual despertó a Musgrave y a Lawley, que se presentaron en sus puertas al instante, sin entender qué extraño susto los había despertado de un sobresalto. No penséis que fueron unos cobardes, encogiéndose paralizados, a causa de las espectrales formas que la luna llena descubría en la galería. Pero, mientras Armitage trataba de ahuyentar la espantosa visión que se acercaba a él, cada vez más, la capucha resbaló de su cabeza, y los amigos reconocieron su pálido rostro, descompuesto por el miedo, y corrieron hacia el amigo tambaleante y lo sujetaron en sus brazos. El monje cisterciense pasó por delante de ellos como una nube blanca y desapareció por la pared, y Musgrave y Lawley se quedaron solos con el cadáver de su amigo, cuyo disfraz se había convertido en mortaja.

2.2) El raro de los Walford

Mi padre me contaba a menudo la historia de esa memorable visita, tal como se había transmitido de generación en generación. ¡Qué gracioso e ingenioso era su majestad el rey! Qué alegre y vivaz, tan poco preocupado por el asesinato de su real padre, o por las graves desgracias que sobre su casa pesaban, como por las vidas perdidas de aquellos valientes, ¡y de todas las familias empobrecidas por su causa!

El escudero Heneage era un hombre leal al rey entre los que más, sin embargo, se le escuchó decir que fue un día maldito para él cuando su graciosa majestad lo honró siendo su invitado, ya que le hizo perder los estribos a su esposa, la señora Johanna, y ella nunca volvió a ser la mujer de antaño. Ella se quejó y se lamentó de que el rey no hubiera

nombrado caballero a su esposo, para que ella pudiera subir un peldaño por encima en la jerarquía de la escudería. Pero le quedó un consuelo duradero de la visita real. Y fue esto que, tanto al llegar como al partir, el rey la había saludado, y ella había descrito con gran detalle la real forma de besar, que afirmó difería de la de los hombres comunes. La sirvienta de la señora Johanna, Anne Grimshaw, dijo que el rey también la había saludado. Pero esto fue algo que no quiso escuchar la dama, y cuando apeló al escudero Heneage, él dejó la molesta pregunta en paz al dar su opinión al respecto, y juzgándolo como una cuestión de probabilidad, pues era más probable que una mujer vanidosa mintiera, que su sagrada majestad besara a Anne Grimshaw, que vaya pinta tenía con aquella cara tan fea.

Si me he extendido un poco sobre el hecho de la visita del rey a Walford Grange, no es tanto por las muestras de su favor real que se complació en otorgar a mis antepasados, sino porque pasó la noche en la mejor alcoba, en la gran cama de roble con sus atrevidos tapices nuevos. Pero al rey le atormentaron unos terribles sueños y se despertó por la mañana demacrado y cansado, como si lo hubieran poseído las brujas. Y eso lo atribuí a una influencia maligna de aquella misma cama fúnebre, y me ensañé de nuevo contra ella.

Durante mucho tiempo me había prometido a mí mismo este placer de alegre destrucción, cuando me llegara el turno de ser el amo de Walford Grange. Mi padre había muerto en esta cama hacía tres años y, desde entonces, yo me había pasado el tiempo viajando por el sur de Europa, impulsado en parte por la inquieta curiosidad de la juventud y, en parte, por la creencia de que ningún señor de los Walford había cruzado los mares antes. Algunos de los hijos menores y de los familiares despilfarradores de nuestra familia se habían aventurado en tierras extranjeras, en busca de la fortuna que les fue negada en casa, pero el cabeza de familia jamás. Mi padre rebatió todos los argumentos o aspiraciones que pudiera yo defender, sobre el tema de viajar, y declaró con lo que le pareció concluyente: un hombre ya ve suficientes cosas incomprensibles en su propio país, sin tener necesidad de ir al extranjero para aumentar su confusión. Pero, cuando regresé a casa, me apresuré a llevar a cabo mis propósitos, en lo que a la odiosa cama de mis antepasados respecta.

¡Qué pesar se impuso en toda la casa cuando comprendieron lo que yo estaba haciendo! Y, cuando yo y Gillam, el carpintero, y su ayudante —tras descolgar las pesadas cortinas de la cama—, procedimos a desarmar los paneles del dosel de roble tallado. La señora Barrett, la fiel y anciana ama de llaves, estaba de pie, limpiándose los ojos y lamentando mi impiedad.

—¡No lo haga, señor, no lo haga! ¡Puede que aún necesite una buena cama de plumas para morir! Una cama como esta para yacer y morir, y esperaba veros acostado en ella, como su pobre padre antes que usted.

No sé qué esperanza de vida creía tener la señora Barrett, pero ella tenía sesenta y cinco años y yo veinticuatro.

—Mi buena señora Barrett, he tomado la determinación de que esta cama verá su fin. No alimentaremos con más cadáveres sus voraces fauces. Pero si son las plumas por las que te lamentas, muy bien puedes forrar tu lecho con la ropa de cama, pero la cama en sí tiene los días contados.

—Qué decís, señor, la cama en la que encontraron muerto a su tío abuelo Geoffrey, tras acostarse una noche cuando se encontraba tan bien y tan saludable como siempre, y gastando sus bromas impías, ¡que el Señor se apiade de él! La misma cama en la que yació el abuelo de usted dos años completos antes de morir, y toda la casa escuchó sus quejidos; y donde acostaron a su tía Hester con el agua goteando, goteando, de cada miembro, cuando la trajeron ahogada del arroyo.

—Sí, mi buena señora Barrett, por estas mismas razones la cama debe desaparecer.

Comenzó entonces Gillam, mientras se quitaba la gorra de papel y se limpiaba la frente:

—Pues como no parece natural dormir en la cama, después de que tantos parientes de usted hayan *estirao* la pata en esta misma cama, ¿por qué no venderla, señor, a algún desconocido? Ese panel con la hiedra y los frutos es una talla muy bonita *pa'cabar* cortándola *pa'cer* leña.

—No, Gillam, no la venderé. El hombre que aceptara dinero por la cama en la que murieron sus antepasados estaría vendiendo sus huesos para hacer mangos de cuchillos. Además, la cama ya ha vivido lo suficiente; ha prestado sus servicios a mi familia para morir en ella durante diez generaciones. Es de mi propiedad, Gillam. ¿No voy a poder hacer lo que guste con lo que es de mi propiedad?

—Ay, pues sí, señor; que leyes no hay que impidan a un hombre hacer el ridículo como le plazca con lo que es suyo. Pero yo me pongo en el pellejo del buen hombre que hizo el armazón de la cama, y no me gustaría pensar que, doscientos o trescientos años más tarde, mi trabajo *ibacabar* en el leñero.

—No te inquietes, Gillam; tú y yo no vivimos en una época que produce trabajo duradero. Nuestra carpintería de cola y tinte no se hace con miras a la posteridad.

—Pues señor —continuó Gillam, volviendo a su primera idea—, si no *vavender* el armazón de la cama, ni entero ni por partes, ¿qué le parece si llevo los paneles con la hiedra tallada en ellos? Ya le busco yo algunos trozos de madera mejores *pa'l* fuego.

—No me importa darte la vieja talla de hiedra, Gillam —le dije—, pero solo con la condición de que nunca vuelva a ver nada de ella, bajo ningún otro aspecto.

—Se lo juro, gracias, gracias. Lo convertiré en algo que le *vasorprender*.

Habiendo accedido a su petición no muy convencido, lo vi apartar dos o tres hermosos paneles, ricamente tallados con ramas de hiedra, como rescate del naufragio general. Si los sombríos horrores de la vieja cama no me hubieran devorado el corazón, jamás habría puesto la mano en tal obra de destrucción. Debí al menos haber salvado el estribo con su talla en altorrelieve de Adán y Eva debajo del árbol, una serpiente con cabeza de hombre enroscándose alrededor del tronco, y las ramas dobladas bajo su carga de frutos. Pero no podía mirarlo sin pensar en los ojos moribundos que habían fijado su mirada mortecina en él, así que mi hacha y mi sierra hicieron estragos en una obra de arte. Cuando el suelo estuvo cubierto de trozos de madera y los hombres se limpiaban las caras acaloradas, sentí una extraña ligereza en el corazón, una cómoda sensación de que el trabajo pospuesto por fin se había realizado felizmente.

—Gillam —le dije—, había suficiente madera en esa cosa enorme para construir un buque de guerra, cortinas para hacer sus velas y suficiente cuerda para todo su aparejo.

—Ay, hubo... —Y, arrojando apresuradamente sus herramientas en la canasta, agregó, con socarronería, pensé—. ¿No habrá nada más que pueda ayudarle a derribar o destrozar, señor?

Pronto descubrí que mi duro trabajo de destrucción me había beneficiado en más de un sentido. No solo me había librado de la insoportable sensación que me oprimía el pecho sino que corrió entre los vecinos mi reputación de excéntrico, la cual mantuve después, al menor esfuerzo, y la encontré de gran utilidad. La realización de mi propósito, que había acariciado durante largos años, fue considerada como evidencia de una disposición salvaje y sin ley, al borde del trastorno mental. Noche tras noche, en la taberna, Gillam contó a un público boquiabierto la historia de la escena de destrucción en la que había participado con gran profesionalidad. Y fue exagerando el relato hasta el punto que —sin proponerse en lo más mínimo mentir—, añadió que era tal la rabia del señor contra la vieja casa que se había visto obligado a amenazarle con el destornillador para que no derribara la repisa de la chimenea y el friso.

Evidentemente, yo era un hombre a quien resultaba imprudente frustrar o contradecir. Mis sirvientes salían volando, a la menor orden, con una presteza que no había observado antes. Mis deseos se cumplían en el acto, no se cuestionaban mis órdenes y todo cuanto yo decía era aceptado con servilismo. Si bien estaba en pleno uso de mis facultades mentales, como mis vecinos juzgaron que me hallaba al borde de la locura, me aproveché de la libertad que me dio para hablar y actuar como me vino en gana. Su apresurado juicio me había liberado del vasto dominio de los códigos de conducta. Podía hacer cualquier cosa por muy extravagante que fuera, y aun así quedaba ensombrecido por haber destruido la cama de roble de mis antepasados.

Empecé a sentirme solo en Walford Grange. La buena señora de Barrett murió repentinamente, y al quedarme solo, deseé que alguien me hiciera compañía y me diera conversación en las largas noches, ya que ni siquiera el luminoso fuego que ardía en la chimenea era capaz de satisfacer todos mis anhelos de alegre compañía. No habría sentido deseos de casarme de haber tenido un hermano que viviera conmigo, que compartiera mis pensamientos y pasatiempos, y que, a su vez, fuera él quien se casara para preservar el apellido de la familia. Pero yo era el último de mi familia, y no tenía intención de permitir que tan antigua estirpe se extinguiera.

Comencé a pensar seriamente en casarme, aunque no tenía ni idea de con quién, porque hasta entonces no había visto a la mujer con la que me gustaría casarme, ni podía suponer tampoco que alguien me pretendiera. Pero cuando un hombre toma la decisión de casarse, y se embarca en un viaje por tierra y por mar, resuelto a no regresar jamás a su casa hasta que traiga una esposa con él, resultaría extraño si no pudiera llevar a cabo su propósito.

Sucedió que conocí a mi esposa inesperadamente, y donde debiéramos pensar que era el lugar menos probable para conocerla, en América, en una cabaña de troncos del lejano oeste. Se llamaba Grace Calvert, y solo tenía dieciocho años. Bella y fresca como una flor que se despliega, y llena de alegría y vitalidad propia de su edad y su crianza libre y sencilla. Me enamoré de ella a primera vista, y nos casamos después de un corto noviazgo, porque había logrado el propósito de mi viaje, y mi joven esposa se moría de curiosidad e impaciencia por conocer Inglaterra. Ella tenía una concepción más romántica de la tierra de sus antepasados, y me maravilló porque creía que cada pueblo en Inglaterra contenía una iglesia, imponente y venerable como la Abadía de Westminster, y estaba rodeada de colinas coronadas por amenazadoras fortalezas.

Grace nunca había visto casas construidas con ladrillos o piedras, y de no haberle mostrado una fotografía de Walford Grange, habría sido imposible que se hiciera la idea de un objeto tan extraño, ya que no había nada dentro de los estrechos límites de su experiencia con la que compararlo. Su imaginación se agitó con la imagen de la vieja casa. No se le escapó ningún detalle, desde las chimeneas acanaladas hasta los asientos de piedra en el amplio porche. Las ventanas saledizas, con sus cristales con forma de diamantes, complacían más que nada a mi joven esposa, y sobre todo admiraba las amplias ventanas de la mejor alcoba, en la que unos dos años antes había yo llevado a cabo mi destructora voluntad contra la cama de mis antepasados. La habitación estaba ahora desnuda y despojada de muebles y, desde la muerte de la señora Barrett, la había mantenido constantemente cerrada bajo llave.

Grace estaba fascinada con la ubicación de la habitación, con su gran ventana sobre el porche, que daba a la avenida de árboles de lima por la que se accedía a la casa, y al campo, y la línea de las bajas colinas que lo rodeaban en el horizonte.

—Esa habitación debe ser más luminosa que las de la planta baja —dijo—. Mira cómo sobresale la planta superior y proyecta una sombra sobre las habitaciones inferiores. Haremos de ella nuestra sala de estar, ¿no te parece?

La petición hizo que me diera un vuelco el corazón, y sentí que ni siquiera la compañía de mi joven esposa podría animarme a vivir en la habitación donde había permanecido durante tanto tiempo la cama fúnebre. Le di largas, ni concediendo ni negando su petición. Le rogué que esperara, hasta que pudiera ver por sí misma, cuánto mejor se adaptaban a la comodidad de la vida cotidiana las habitaciones de la planta baja en comparación con las de la planta superior. En su corta vida, Grace no había estado a más de veinte millas del lugar donde nació, y temí que podría terminar por alejarla del todo de cuanto amaba y de aquello con lo que estaba familiarizada, y que podría resultar demasiado doloroso.

Hubo un breve río de lágrimas al separarse de los seres queridos con los que no volvería a juntarse jamás, pero fue como lluvias de abril seguido de sonrisas. Cada arrebato de llanto era de menor duración, y los intervalos soleados entre ellos fueron más largos, hasta que al de unos pocos días Grace volvió a brillar en todo su esplendor. La emoción del viaje resultaba tan arrolladora como para tragarse cualquier otro sentimiento.

Llegamos a nuestra casa una tarde de noviembre, mientras el sol poniente asomaba a través de una grieta entre las nubes, y sus rayos sobre la superficie iluminaban cada ventana con un resplandor rojo. Mientras conducíamos por la avenida sin hojas, cayeron

pesadas gotas desde las ramas desnudas que colgaban por encima de nuestras cabezas, y Grace, aferrada a mi brazo, dijo en un susurro asustado:

—Ay, Humphrey, ¡esa luz en la ventana no es como el sol! ¡Parece como si tu antigua casa estuviera en llamas! —Y levantando los ojos capté por un momento el efecto completo de la ilusión. Pero, al hundirse el sol en su colchón de nubes, el resplandor rojo se desvaneció de las ventanas y las volvió sombrías y tenebrosas.

—Querida, ¡bienvenida a tu casa inglesa! —dije, y tomé a mi joven esposa de la mano y la llevé escaleras arriba por la ancha escalera de roble; y, antes de que nos sentáramos a cenar, ya la había llevado a recorrer toda la casa desde el desván hasta el sótano —precediéndola con una vela en la mano— a través de las habitaciones que iban quedando a oscuras.

Mostró una profunda admiración por la casa y sus muebles, pero los viejos retratos e imágenes familiares la entusiasmaron sobremanera, ya que Grace nunca había visto nada más venerable o más viejo que sus abuelos y la casa de troncos en la que nació. Cuando sus arrebatos de tristeza se apaciguaron lo suficiente como para permitirle comer un poco, y nos sentamos a cenar en la sala de roble, mi joven esposa dijo de pronto:

—Humphrey, en una casa como esta tendría que haber un fantasma.

—¿Y por qué? —pregunté, mientras sonreía ante su expresión extremadamente seria.

—Porque tantas generaciones de hombres y mujeres no pueden haber nacido y muerto en esta casa sin dejar algún rastro de sí mismos para nosotros que nacimos después; y comprobé que las obras de ficción habían penetrado en el lejano oeste, porque Grace había estado leyendo novelas románticas.

—Me niego a hablar de fantasmas durante la cena —dije—. El desayuno es el mejor momento para una conversación así. Se prohíbe pronunciar una palabra más sobre el asunto más allá de las doce del mediodía; y me levanté, y cogiendo una de las velas, la sostuve para enfocar la luz sobre una pintura oscura que había sobre la repisa de la chimenea, y pregunté:

—¿Sabes quién es ese?

Mi joven esposa examinó el retrato, con la cabeza inclinada, dudosa. Su rostro reflejaba desconcierto.

—No me sorprende que no sepas quién es ese hombre de aspecto oscuro y siniestro, porque en los bosques de América no se cuelgan retratos de Carlos Segundo. Sí, ese es el rey Carlos; y el aire melancólico de sus rasgos debe ser meramente una expresión

heredada. En verdad, su temperamento resultó bien distinto, pues pasó por el dolor y la tragedia con despreocupación. Una vez pasó una noche en esta misma casa; recordamos la histórica visita con gran cantidad de detalles pintorescos, que conservamos a día de hoy.

—¡Oh, qué maravilloso solo de pensarlo! —dijo Grace con entusiasmo—. ¿Y el rey cenaría en esta misma habitación donde tú y yo estamos ahora?

—Sí, en esta misma habitación, ¿y te gustaría saber qué cenó?

—No, no siento curiosidad por ese tipo de cosas. Quiero saber qué aspecto tenía el rey, cómo iba vestido, y en cuál de esos solemnes dormitorios de arriba dormía. Sin duda, aún tendrás la cama en la que durmió el rey.

—No —respondí con decisión—. Estoy seguro que esa no la conservamos.

—Entonces mañana, Humphrey, me mostrarás la habitación en la que durmió el rey, y la cama me la imaginaré.

—¡Que se podía imaginar la cama! Mi joven esposa no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Al día siguiente sucedió lo que cabría esperarse. Caminaba por el jardín cuando Grace se me acercó, y deslizado su mano a través de mi brazo, me arrastró hacia el porche.

—Ves esa gran ventana —dijo, señalando hacia ella mientras hablaba; esa es la que admiraba tanto en la fotografía de la casa. He mirado a través de todas las ventanas menos esa, y me imagino que la habitación debe estar cerrada, porque no puedo abrirla, así que he venido a buscarte para que la abras para mí.

Caminé en silencio a su lado mientras ella me llevaba a la casa y escaleras arriba en dirección a la puerta de la odiosa habitación, y tan animada iba que no callaba, y no se dio cuenta de que yo no había pronunciado una sola palabra.

—Esta es la habitación —dijo alegremente, y giró el pestillo de un lado a otro, diciendo mientras lo hacía:

—Ya ves que está cerrada con llave.

—Sé que lo está —respondí con aspereza.

—Entonces, ve a por la llave y ábrela —Y Grace apretó y movió la manilla de la puerta con violencia.

—Querida, haz el favor de no pedirme que abra esa puerta, porque no lo haré.

—¿No hacer lo que te pido que hagas? ¡Qué cruel por tu parte! —Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

Supe que mi joven esposa me tuvo por un bruto, pero todo cuanto pude decir fue:

—Pídeme cualquier otra cosa que esté en mi poder y yo la haré por ti, pero solo esto, esta pequeña cosa, te ruego que no me pidas que la haga.

—Si admites que es una cosa tan pequeña, no puede haber ninguna razón por la que debas negarte a concederme una petición tan trivial —insistió Grace—. Cuando te pido simplemente que abras una puerta en tu propia casa, y te niegas a hacerlo, solo puedo pensar que no me amas, o que hay algún misterio horrible en torno a esta habitación que deseas ocultarme; y enjugó una primera lágrima, que provenía más de la indignación que del dolor.

—Mi querida Grace, no permitáis que hagamos una historia de algo tan pequeño. No hay ningún secreto relacionado con esta habitación del que haya oído hablar, y te amo tanto que no puedo soportar verte preocupándote por ideas absurdas. La cuestión es esta. Tengo un sentimiento —llamémoslo superstición, lo que quieras— pero tengo un sentimiento que me dice que iba a resultarme muy doloroso abrir esta puerta y llevarte dentro de la habitación. ¿Y qué placer podría haber al mirar una habitación vacía y sin amueblar? Una habitación vacía como cualquier otra habitación vacía.

—Pero debería ponerme manos a la obra y amueblarla de inmediato.

—Dejémoslo —dije, retirando con delicadeza su querida mano, la cual se aferraba a la cerradura—. Repito, tengo un presentimiento sobre esa habitación que me impediría ser feliz en ella. —Y agregué frívolamente:

—Que mi Eva no arruine nuestro paraíso anhelando la fruta prohibida.

Pero Grace replicó enseguida:

—No fue Adán quien prohibió a Eva comer del fruto. Si hubiese sido así, no me parece que habría causado un gran daño al desobedecerle. —Y no dijimos nada más sobre la puerta cerrada, pero una nube se había interpuesto entre nosotros, y la dulzura tan pura de nuestra felicidad del principio se perdió.

Un día, unas semanas después de esta locura, cuando comenzaba a tener la esperanza de que mi joven esposa habría perdido la curiosidad, vi por su manera forzada e incómoda que algo había sucedido que la perturbaba.

—Mi querida Grace, ciertamente, no pareces feliz esta mañana, ¿por qué no me cuentas lo que te aflige? —le pregunté.

Su voz tembló y su rostro se sonrojó mientras respondía:

—Humphrey, no pensé que fueras capaz de contarme una mentira.

—Criatura, ¿qué quieres decir? No hablamos de lo mismo. Ten la bondad de explicarte, para que dejemos de malinterpretarnos.

—Me dijiste que el gran dormitorio que mantienes cerrado estaba vacío.

—Así es —dije, impaciente ante esta escena infantil—. Pero ¿cuál es la mentira que te he contado?

—Pues que la habitación no está vacía. Puedo probar lo que digo.

—¡Que la habitación no está vacía! ¡Tonterías! Guardo la llave, y nadie más que yo mismo ha entrado en ella en estos dos años.

—¿Cómo puedes insistir en tal falsedad, Humphrey? No me avergüenza confesar que miré por el ojo de la cerradura —me pregunto si no lo había hecho antes— y vi en medio de la habitación, entre la puerta y la ventana, una enorme cama vieja. Solo podía ver los dos postes, pero iban hasta el techo, y el estribo era alto y ricamente tallado, y las cortinas de un verde oscuro y triste. Así que me has engañado en lo que concierne a la habitación, y me temo que hay algún secreto relacionado con ella que no te atreves a contarme. ¿Qué te pasa, Humphrey? —Y mi esposa se levantó con una exclamación aterrorizada, porque pensé que me estaba desmayando, y toda mi vida pareció volatilizarse.

—Grace —dije, cuando me quité de encima la sensación que me oprimía—. Vayamos de inmediato a esa desafortunada habitación y resolvamos esta absurda disputa. Dices que la habitación tiene muebles, yo digo que está vacía. Veremos cuál de nosotros tiene razón, y luego nunca volveremos a mencionar el tema. Y le pedí a mi esposa que viniera conmigo y se asegurara de que la habitación estaba, como dije, absolutamente vacía y sin amueblar.

Mi mano tembló al girar la llave, y abriendo la puerta hasta que se tensó en sus bisagras, entramos juntos en la habitación.

Grace retrocedió con un grito ahogado, y cubrió su rostro con las manos.

—¿Adónde fue, la gran cama que vi de pie en este mismo lugar? No puedo haber sido engañada. ¡Oh Humphrey! ¿Por qué me gastas bromas tan crueles? Me aterra.

—Mi joven esposa —dije, comportándome con una alegría que estaba lejos de sentir—. Todo esto pasa por tu arrogante curiosidad. Si mi querida niña se hubiera contentado con dejar que mantuviera esta puerta cerrada, no habría sentido tanta curiosidad que casi pierde la cabecita, y ha comenzado a ver ilusiones fantasmagóricas con muebles domésticos. Y debido a ello, lo que crees que viste no fue más que la criatura de tu propia imaginación, que ha estado tanto tiempo dándole vueltas a la idea de amueblar la habitación que no necesitas más que espiar a través del ojo de la cerradura, ¡y, hala, ya está! ¡Hecho!, y las camas y las mesas se ponen en marcha a tus órdenes.

Pero, de aquí en adelante, puedes entrar en la habitación tantas veces como quieras, solo que no viviremos en ella, y no quiero que esté amueblada.

Esto pareció satisfacer a Grace, y aunque no pude convencerla completamente de que la gran cama que había visto, cuando miró a través del ojo de la cerradura, era una ilusión engendrada por la curiosidad y una imaginación muy viva, sin embargo, con la puerta de la habitación abierta, sintió que tenía cierto control sobre cualquier truco que, en el futuro, pudiera hacerle yo.

Me inquietaba mucho lo que ella me dijo. No le había contado ni una palabra a mi esposa sobre la destrucción de la cama de mis antepasados. La señora Barrett había muerto antes de casarnos, y yo había cambiado de sirvientes después de su muerte y, al no mantener ninguna relación con nuestros vecinos, Grace no podía haber escuchado a nadie la historia de la espantosa vieja cama, que, sin embargo, ella me había descrito con tal lujo de detalles.

Ya no podría contarle la verdad. Le pondría los nervios de punta, y la dejaría impresionada con la idea de que algo raro había en la casa. Ojalá no hubiera destruido la vieja cama. Mucho mejor habría sido que ella hubiera conocido la triste realidad que contemplar esa presencia, que no se trataba ni de la materialización de la memoria ni de la vívida representación forjada desde la imaginación. Probé a invocar una alucinación similar, pero en vano. Aunque mi recuerdo de la antigua cama era perfecto, y cada detalle estaba grabado en mi mente, jamás había logrado materializar tal imagen, por mucho que me esforzara.

Grace recuperó por completo su habitual alegría, y en la primavera estuvo ocupada haciendo mil pequeños preparativos para la esperada llegada de un bebé, que iba a eclipsar a cualquier recién nacido del mundo. No me podía creer lo obstinada que podía llegar a ser mi esposa, cuando, después de todo lo que había dicho sobre la habitación vacía, ella me preguntó un día si no podría convertirse en la habitación de los niños.

—¿No recuerdas, querida, que dije que no íbamos a decorar esa habitación? —dije.

—Oh, por supuesto, no vamos a amueblar la habitación; el cuarto de los niños no necesita muebles; pero es con diferencia la habitación más alegre y soleada de la casa.

Y de nuevo tuve que mostrarme inhumano y negarle a mi joven esposa una petición tan pequeña.

Una mañana, mientras estaba sentado en mi habitación enredado con las cuentas, Grace vino a decirme que iba a conducir a la ciudad del condado, a unos ocho kilómetros de distancia, para ir de tiendas, como a ella tanto le gustaba. Le dije que si esperaba hasta

el día siguiente, podría acercarla yo mismo, pero ella le dio unos toquecitos al barómetro de pared, el cual llevaba parado algún tiempo en *buen tiempo*, y me aseguró que llovería al día siguiente, y que debía aprovechar el buen tiempo aquel mismo día. Partió pues en el carruaje mi querida testaruda, se despidió con una alegre inclinación de cabeza mientras el carruaje se alejaba de la casa.

Grace regresó a última hora de la tarde, venía muy animada y traía consigo un paquete enorme; solo a una campesina o a una mujer como a mi joven esposa del lejano oeste se le ocurriría llevar un paquete tan grande en un carruaje descapotable. Debí de dolerle al cochero conducir con aquello por todas las calles de la ciudad del condado.

—¿Qué se te ha ocurrido traerte a casa? —le pregunté.

—Ah... —dijo riendo—. ¡Voy a poner a prueba tu curiosidad ahora mismo! Cualquiera otra cosa que quieras saber te la diré, pero no puedo revelarte nada sobre este misterioso paquete.

—Entonces, quítamelo de la vista —dije, no vaya a ser que encuentre algún agujero en el envoltorio para espiar a través de él. Deberías saber qué pasión más devoradora es la curiosidad.

Al cargar escaleras arriba con aquel imposible paquete, su envoltorio se desprendió y reveló un par de mecedoras de roble negro. Pero no dije nada; Grace debía contarme su pequeño secreto a su manera, y en su momento.

Nos considerábamos las criaturas más felices del mundo cuando nació nuestro pequeño hijo Heneage. Las sombras que anidaban en la casa, tras la muerte de muchas generaciones, se atenuaron con la alegría del nacimiento, y la vida de mi pequeño fue como la bellota, que brota y hace crecer el vigoroso tallo a través de la tierra, alimentada por las hojas caídas de miles de otoños. En el tercer día de nuestra felicidad, mi esposa me mandó llamar, y me dijo que tenía una sorpresa muy bonita para mí.

—Ahora puedo contártelo todo sobre el gran paquete misterioso. Era una hermosa cuna pasada de moda que compré en Carlyon a un hombre llamado Gillam, que tiene una tienda de muebles viejos aquí. Me enamoré de ella al instante, porque sabía lo bien que se adaptaría a esta casa con su viejo roble. Gillam dijo que podía jurar que era un trabajo antiguo; de hecho, dijo que, originalmente, era parte de una buena cama de un pobre loco caballero del barrio que, a decir verdad, la había destruido en un ataque de histeria, pero tuvo la suerte de salvar una parte del destrozo, y lo rehízo en esa cuna, y al bebé se le ve precioso en ella. Me temo que le di una gran cantidad de dinero por ella, pero una no se

encuentra con una cosa tan hermosa todos los días. Y la niñera quitó una pantalla de delante de la cuna, haciendo que su belleza irrumpiera de pronto y con mayor fuerza.

Sentí un sudor frío en la frente mientras reconocía, en la parte alta y la cabecera de la cuna, la talla de las ramas de hiedra y las bayas que tan inconscientemente le había regalado a Gillam cuando destruí la vieja cama.

—Pensé que te alegraría tanto —dijo Grace, decepcionada ante mi silencio que me tenía allí de pie, hechizado, reconociendo cada línea de la odiosa talla—. Pensé que te alegraría tanto ver al bebé dentro de una cuna realmente digna de él.

Pero me había quedado mudo; sentía una opresión en el pecho con el presentimiento de una terrible fatalidad.

—No estás siendo muy amable —dijo Grace—. Había preparado una bonita sorpresa para ti, y en lugar de alegrarte, te quedas ahí de pie y suspiras y miras como si acabases de ver un fantasma. Nana, saque al bebé de su preciosa cuna; ¡hay que encontrarle una cuna corriente de mimbre para que duerma en ella en lugar de en esta!

Y la nana hizo lo que su señora le ordenaba, y levantó al pequeño Heneage de su cuna mortuoria; pues mientras nosotros hablábamos, la corta vida del bebé veía su fin.

No recuerdo nada de lo que ocurrió en aquellos días durante las semanas siguientes. Me consumía por temor de que mi esposa también muriera. Seis semanas después de la muerte de nuestro hijo, la bajé en brazos por las escaleras, y esta fue su única señal de recuperación. Permaneció en el mismo estado de convalecencia, anclada en el dolor, con los nervios destrozados, y tan débil, en cuerpo y alma, que no me atreví a contrariarla en nada. Mientras se acercaban los días oscuros y sin sol del otoño, mi joven esposa me dijo como si nunca antes hubiéramos hablado sobre el tema:

—Quiero la gran habitación vacía amueblada como mi sala de estar, Humphrey. A ratos, tendré un poco de sol allí para animarme durante tu triste invierno inglés, y me divertirá amueblarlo.

Al contemplar su rostro pálido y melancólico, sentí que nada me importaba ya, y le dije:

—Haz exactamente lo que quieras, querida, en todo. —Su apatía le impidió agradecerme.

Sin embargo, el proyecto para transformar la lúgubre habitación en una habitación luminosa sucedió inmediatamente, pues Grace, de una sacudida, sentenciaba:

—¡No más viejos muebles de roble!

Mi joven esposa iba siempre de un extremo al otro, y ahora, con su manía en contra de la vieja madera de roble, le dio por llenar la habitación con muebles baratos y de mal gusto, con sillas hechas con palillos dorados y atados con cintas, que se hundirían a la mínima que un gato saltara sobre ellas.

Participé de todas sus pequeñas fantasías y fingí una profunda admiración por cada idea nueva que se le ocurría sobre el tema de la decoración. Hice todo cuanto ella quiso, incluso colocar su sofá en el mismo lugar donde había estado la odiosa cama. Y así fue que se vino abajo mi resistencia, y yo, que hacía tres años había intentado por la fuerza impedir que el destino se cumpliera, trabajaba ahora, sin darme cuenta, para hacer que este se cumpliera. No tardó mucho en llegar.

Una tarde gris de noviembre, Grace estaba echada en su sofá. Se había tapado con unos echarpes suaves y las cortinas de las ventanas estaban echadas, para que entrara la mayor cantidad de luz posible. El resplandor del sol poniente iluminaba la habitación, y le daba un tono más vivo a la palidez grisácea de su rostro.

—¡Qué parecido al día que vine por primera vez a Walford Grange! —dijo—. El sol se está poniendo con la misma luz, su intensidad. Haz el favor de ir al jardín, Humphrey, y mira si las ventanas están brillando con luz roja como estaban entonces.

Y salí afuera cumpliendo lo que me pedía.

Vista desde el jardín, la casa tenía exactamente el mismo aspecto que tenía el día de nuestra llegada. Desde la buhardilla hasta el sótano, todas las ventanas brillaban de color rojo con la luz del sol poniente, como si ardieran por dentro. Todo sobre cuanto se posaban mis ojos era como lo había sido hacía un año. Solo Grace y yo habíamos cambiado. Habíamos cambiado nosotros mismos, y nos habíamos cambiado el uno al otro. Me inquietó el aspecto inmutable de la naturaleza y de las cosas inanimadas a mi alrededor, y entré en la casa, ahora oscura en contraste con el crepúsculo exterior, y regresé a la habitación de mi esposa con el corazón apesadumbrado.

—La casa tiene el mismo aspecto que tenía cuando la viste por primera vez —le dije—. Hasta que se ha puesto el sol detrás de la colina, las ventanas han brillado con el mismo extraño efecto del fuego que advertiste hace un año. —Y arrojé un nuevo tronco sobre las brasas mientras hablaba, y las chispas se dispararon e iluminaron la ancha chimenea—. ¿Enciende las velas? —pregunté, volviéndome hacia el sofá de mi esposa—. La habitación se está quedando a oscuras. —Pero no hubo respuesta. Estaba hablando con los muertos.

En vano había tratado de apartar a la vieja cama de su presa, porque allí, en el mismo lugar donde había estado durante tres siglos y donde habían muerto generaciones de mis antepasados, la esposa del último de los Walford yacía muerta.

Enterré a mi dulce Grace junto a nuestro pequeño hijo, y en la noche del funeral, solo, en mi desolado hogar, concebí la idea de liberarme para siempre del gran mal que había recaído sobre Walford Grange. Envié a todos los sirvientes lejos. Me quedaría a solas en la casa con mi pena.

Cuando me aseguré de que estaba solo en la casa, fui rápidamente de habitación en habitación; sentía una extraña exaltación, hablando en voz alta y abriendo puertas y ventanas, hasta que el aire frío de la noche corrió a través de las habitaciones y los pasillos, y las cortinas y las colgaduras aletearon con el viento.

—Cuando destruí la vieja cama de la muerte —dije—, pensé que restablecía la alegría y el júbilo en Walford Grange. Pero no debería haber destruido solo la cama, sino la habitación en la que estaba, y la propia casa de la que formaba parte. Ningún hombre vivirá jamás en esta casa empachada de muerte. Nunca más se oirán la voz de la novia y del novio en sus aposentos, ni se oirán pisadas de niños en sus peldaños. Nunca más se encenderá el fuego —sometido al inofensivo uso doméstico— ni alumbrará el hogar, por el contrario, el fuego indómito y fiero devorará la maldita mansión.

Y agarré el tronco ardiendo de la chimenea y lo lancé al sofá donde Grace había muerto.

Portando un hierro encendido, me precipité de habitación en habitación de aquella condenada casa, e iba dejando en cada habitación una muestra ardiente de mi presencia, y luego, después de bajar por la ancha escalera —donde las sombras parpadeaban y se proyectaban desde cada puerta abierta, donde el silencio se rompía con el sonido crepitante de las llamas— salí a la oscuridad, cerrando de un golpe la pesada puerta tras de mí.

Corrí a través del aire frío y húmedo, con la luna guiándome, a través de una grieta en las nubes, con su luz intermitente, hasta que, dibujando su mortaja alrededor de ella, me dejó de nuevo en la oscuridad. No me giré, ni a la derecha ni a la izquierda, ni una sola vez, ni miré detrás de mí, hasta que hube alcanzado la cima de las colinas que rodeaban el valle. Entonces me quedé de pie y me giré para echar un último vistazo a la casa de mis padres. Justo en ese momento la luna, emitiendo un frío esplendor desde su lecho de nubes, proyectó un brillo solemne en cada esquina. Y vi por última vez la casa donde nací, la cuna y sepultura de mi linaje, y todas las ventanas desde el sótano hasta la

buhardilla brillaban con fuego, no un mero resplandor reflejado, sino rojo del fuego que se propagaba con furia en el interior, e imponentes llamas se disparaban con fuerza desde la ventana de la habitación sobre el porche.

Me quedé allí parado largo rato para ver el fuego que había provocado yo mismo, hasta que una repentina ráfaga de luz y una magnífica llama que saltó por el aire me anunciaron que el techo a dos aguas se había derrumbado, grité, me quité el sombrero y me despedí por última vez de Walford Grange.

III) La cuenta, por favor: comparación crítica entre el presupuesto original y la factura final.

Todo cuanto he aprendido sobre el proceso de elaboración del presupuesto de una traducción literaria se lo debo, en gran medida, a un error. Sí, un error ha sido el que me ha llevado a reflexionar más en profundidad sobre los sistemas de cómputo a la hora de elaborar un presupuesto de una traducción literaria.

El primer presupuesto para la traducción de los dos cuentos de Louisa Baldwin que envié a mi tutora, en el mes de enero, lo calculé sumando los caracteres sin espacios. Al recordar, más tarde, el artículo de Carlos Milla Soler y Marta Pino Moreno publicado en la revista de ACE Traductores⁶, el cual compartió en el máster la profesora de la asignatura de Traducción Literaria, María Rosich. Lo releí y me di cuenta de que debía haber tenido en cuenta los caracteres con espacios, a la hora de realizar el cálculo del número de páginas. Valor, que, por otro lado, también ofrece Word.

Pero lo mejor de todo fue comprobar que aún quedaban editores quienes, para abaratar el costo de la traducción, justamente, calculaban el número de páginas a partir de los caracteres sin espacios, igual que lo había hecho yo.

Si, además, a esta variación en el cálculo que acababa de descubrir, le añadimos otras variantes como son el hecho de tomar de partida el texto en inglés (siempre contiene menos palabras y, por consiguiente, menos caracteres) en lugar del texto traducido, el texto meta, en nuestro caso el español. O bien, tal y como se demuestra en el artículo de

⁶ Milla Soler, Carlos, y Marta Pino Moreno (*Verano de 2006. Recuperado el miércoles 29 de diciembre de 2021*): “De te fabula narratur: Los sistemas de cómputo y el rendimiento del trabajo en el sector editorial”, Vasos Comunicantes, 34.

Carlos Milla Soler y Marta Pino Moreno, lo calculamos con la cantidad de caracteres que, en realidad, tenemos en un procesador de textos como WORD que son 1700/página y no 2100 (cantidad de caracteres tan obsoleta como la máquina de escribir), me doy cuenta de que no tengo un presupuesto sino seis:

1. Caracteres sin espacios (texto original – inglés)/2100 por página
2. Caracteres sin espacios (texto traducido – español)/2100 por página
3. Caracteres con espacios (texto original – inglés))/2100 por página
4. Caracteres con espacios (texto traducido – español))/2100⁷ por página
5. Caracteres con espacios (texto original – inglés)/1700 caracteres por página
6. Caracteres con espacios (texto traducido – español)/1700 caracteres por página

Y la diferencia de 230,16 € —desde los 348 € (presupuesto 1) hasta los 578,16 € (presupuesto 6)— no es nada desdeñable.

La traducción y revisión de los dos cuentos me llevó un total de 45 horas, por lo que si quisiéramos traducir esta cifra a lo que me habría supuesto en ingresos por hora en cada caso, habría resultado 6,57 €/hora en el primer caso, frente a 10,92 €/hora en el segundo caso.

Por supuesto, estas reflexiones no las compartí con el cliente (no se trata, en ningún caso, de marear al cliente). Por ello, la factura definitiva que envié al cliente la elaboré en base al presupuesto 6, o presupuesto final.

3.1) Los presupuestos

⁷ Es lo habitual en el mercado.

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Cliente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	29
Total caracteres	60.741
The Real and the Counterfeit	29.261
The Weird of the Walfords	31.480
Tarifa	12 €/ página
Importe base	348,00 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

Presupuesto 1

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Cliente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	32
Total caracteres	67.654
The Real and the Counterfeit	33.030
The Weird of the Walfords	34.624
Tarifa	12 €/ página
Importe base	386,52 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Cliente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	35
Total caracteres	73.944
The Real and the Counterfeit	35.631
The Weird of the Walfords	38.313
Tarifa	12 €/ página
Importe base	422,52 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Cliente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	39
Total caracteres	81.914
The Real and the Counterfeit	39.943
The Weird of the Walfords	41.971
Tarifa	12 €/ página
Importe base	468,00 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Cliente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	43
Total caracteres	73.944
The Real and the Counterfeit	35.631
The Weird of the Walfords	38.313
Tarifa	12 €/ página
Importe base	521,88 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

Presupuesto 5

PRESUPUESTO Nº: 001122

Elisabeth Candina Laka
 Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
 48600 Sopela (Bizkaia)
 30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
 Tel: 646066684

M. Editoras

Fecha/Date: 27/1/22	
Tipo de trabajo	Traducción inglés>español
Ciente	M. Editoras
Persona de contacto	M.
Documento	Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin
Volumen (páginas)	48
Total caracteres	81.914
The Real and the Counterfeit	39.943
The Weird of the Walfords	41.971
Tarifa	12 €/ página
Importe base	578,16 €
Fecha de entrega	10 días laborables a partir de la aceptación del pedido
Condiciones de pago	A 30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.
Observaciones	Precio base, sin impuestos. La traducción se enviaría en formato Word. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Aceptación del pedido	

Firma y fecha de aceptación del pedido:

3.2) La factura

FACTURA Nº/INVOICE No: 001122

Elisabeth Candina Laka
Akilino Arriola nº 8, 3º Dcha.
48600 Sopela (Bizkaia)
30625762C
elisabethcandinalaka@gmail.com
Tel: 646066684

Cliente/Cient:	M. Editoras
----------------	-------------

Fecha/Date:	5/4/22
-------------	--------

CONCEPTO ITEM	PRECIO RATE	UNIDADES UNITS	SUBTOTAL	IRPF 15%	IVA 21% VAT 21%	TOTAL
Traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin	12,00 €	48	576,00 €	86,40 €	120,96 €	610,56 €
TOTAL			576,00 €			610,56 €

Instrucciones de pago/payable to:	
Transferencia bancaria/Bank transfer:	Paypal/Moneybookers:

IV) Comentario de la traducción

En este apartado expondré tanto los aspectos técnicos como aquellos más propios o intrínsecos del acto de traducir, con los que me tuve que enfrentar, y cómo los solucioné.

4.1) Reflexiones sobre el proceso de traducción

4.1.1) Herramientas de traducción

Me había propuesto traducir un cuento con la ayuda de una herramienta de traducción y el otro sin la ayuda de herramientas de traducción. Existe una increíble variedad de herramientas TAO, pero yo no tenía ninguna duda de cuál iba a ser la que iba a utilizar para traducir *The Weird of the Walfords*, el cuento de Louisa Baldwin. Durante el máster hemos aprendido a utilizar distintas herramientas de traducción y, en mi opinión, la más fácil de utilizar es MateCat. Además, la calidad de la traducción automática que te ofrece es también buena. Está especialmente enfocada a ofrecer a los usuarios el acceso a bases de datos de traducción automática para mejorar su velocidad en el trabajo. Por otro lado, dispone la opción de “memoria no compartida”. Escogí esta opción independientemente de que, en el caso de la escritora Louisa Baldwin (1845-1925), los derechos de autor no planteaban ningún conflicto.

4.1.2) *¿Contigo o sin ti?: análisis comparativo del uso de herramientas de traducción*

La traducción del cuento *The Real and the Counterfeit* que hice de la forma tradicional —esto es, sin la ayuda de herramientas TAO, y debiendo teclear todo el texto desde cero— me llevó el doble de tiempo que la traducción de *The Weird of the Walfords* con MateCat.

En MateCat, lo que más aprecié fue la posibilidad de ir simplemente reformulando la opción que me ofrecía la traducción automática por segmentos. Resultó como ir haciendo una posesición durante el mismo proceso de traducción.

Por otra parte, el hecho también de poder realizarlo por segmentos, no solo ayuda a no dejar fuera ninguna oración o párrafo, sino que facilita la focalización y la atención en el detalle. De igual modo, y esto es común a otras herramientas TAO, me pareció que el hecho de que se muestre el porcentaje de traducción que llevamos hecho, y el que nos

queda pendiente, ayuda a incrementar el ritmo de trabajo. Quizás no sea más que una cuestión psicológica, pero, sin duda, ayuda a mantener el ritmo de traducción.

La traducción final que descargué, en el caso de MateCat, era ya prácticamente la final y me llevó muy poco tiempo realizar una última posesición. La traducción del cuento que traduje sin MateCat, sin embargo, hube de revisarla muchas más veces. Aquellos fragmentos, frases o palabras que había dejado resaltados en amarillo —para dejar reposar y comprobar más tarde— no solo fueron más en la versión tradicional sino que, además, tardé más a la hora de dar con la fórmula final, con la solución final y, por consiguiente, con la traducción “lista para entregar”.

La longitud de *The Weird of the Walfords* era incluso algo mayor que *The Real and the Counterfeit*, por lo que si hubiera traducido los dos cuentos con MateCat, me habría ahorrado algo más de 15 horas de trabajo.

The Real and the Counterfeit: 30 horas (35 631 caracteres con espacios, texto en inglés) —texto traducido sin herramientas TAO—.

The Weird of the Walfords: 15 horas (38 313 caracteres con espacios, texto en inglés) —texto traducido con MateCat—.

Si retomamos el cálculo que realicé más arriba de lo que habría ganado por hora con el presupuesto final o definitivo (578,16 € – 15% IRPF/45 horas = 10,92 €/hora) y realizamos ahora la división entre 30 horas, habría ganado 16,38 €/hora. Esto es, 5,46 € más por cada hora trabajada.

4.2) Reflexiones sobre las dificultades de la traducción y las estrategias adoptadas

4.2.1) El título

Dar con la mejor traducción de un título es, muchas veces, un camino tan largo como el que debe recorrer el propio autor a la hora de escoger el título. No es fácil dar con un buen título. El mismo James M. Cain dio mil vueltas antes de escoger el que le pareció maravilloso para su conocida novela y, ciertamente, lo es: *The Postman Always Rings Twice*. Otra cuestión sería lo acertado o no de su traducción al español. Pero esta es otra historia.

En mi caso, también la dificultad para traducir los títulos fue bien distinta para ambos cuentos. *The Weird of the Walfords* no planteó ninguna dificultad, y menos aún después de leer la historia, en la que el último señor de los Walford, “el raro”, termina prendiendo fuego a su propia casa. El final de este cuento me recordó al final del relato *Le Horla* de Guy de Maupassant. Si bien los motivos que llevan a ambos personajes a quemar la casa son

distintos, contienen muchos elementos en común. *El raro de los Walford* también desea “quemar la casa” que tanto le pesa.

La traducción del título *The Real and the Counterfeit*, sin embargo, planteó muchas más dificultades. Su camino fue bien distinto, hasta dar por fin con la solución.

Durante todo el proceso de la traducción dejé el título provisional resaltado en amarillo como *Lo real y lo fingido* pues no terminaba de convencerme mi traducción, y tampoco era capaz de dar con ninguna otra fórmula que fuera más acertada. Fui anotando las posibles traducciones:

1. *Lo real y lo fingido*
2. *Lo real y la imitación*
3. *El verdadero y el falso*

En nuestra tutoría, María Rosich, a quien tampoco convencía *Lo real y lo fingido*, me sugirió *Lo real y lo imaginado* y algo, aún más interesante, que me acercaría a la solución:

«Algo que contenga la palabra fantasma» (fueron las sugerencias de mi tutora).

Pero no fue hasta que, en una conversación que tuve con mi amiga y poeta, traductora de alemán, Gema Estudillo, que di con la fórmula. Nuestra conversación giraba en torno a un término que me estaba costando traducir *doppelgänger* (escrito *dopplegangers* en la primera edición de *The Shadow on the Blind, and Other Ghost Stories*, texto con el que he trabajado). Y el término podía traducirse como «desdoblamiento».

Entre los distintos significados e interpretaciones de este vocablo, me resultó muy curiosa la del «doble fantasmagórico de una persona viva», a menudo, malvado.

En cualquier caso, lo que yo buscaba era la fidelidad al texto. Dar con la traducción de un título que, aunque me alejara de la traducción literal del título original, contuviera en esencia todo aquello que le pedimos que contenga al título de una obra literaria.

Por fin, daba con la traducción del título: *El fantasma de mi amigo*

El título *The Real and the Counterfeit* hace referencia a dos fantasmas. Al verdadero (el fantasma del monje, el fantasma de la familia, que habita la casa desde hace generaciones) y al falso, el amigo del protagonista disfrazado de fantasma que ha ido a pasar unos días a casa de su amigo y quiere gastarle una broma, pero que deberá enfrentarse al otro, al verdadero fantasma —como en un espejo— al final del cuento.

En *El fantasma de mi amigo* el fantasma podría ser cualquiera de los dos: el fantasma que habita en la casa del amigo o el amigo disfrazado de fantasma.

4.2.2) *El lenguaje sexista*

El lenguaje sexista es un dilema muy habitual con el que nos enfrentamos a la hora de traducir. Y un problema más común de lo que nos podríamos imaginar, y frente al que debemos adoptar las estrategias de traducción pertinentes. Tendremos que tomar decisiones, adoptar una postura.

Durante la traducción de *The Real and The Counterfeit*, por supuesto, tuve que enfrentarme yo también a un problema de esta índole: “My dear fellow, don’t you think that it sounds more like an anecdote of your grandmother than of your grandfather?” Donde, el lenguaje sexista, implicaba que aquello era más propio de la abuela, de una mujer, que del abuelo. La abuela podía creer en fantasmas porque era mujer. Mi primer impulso fue traducirlo con un ligero cambio, y así eliminar el lenguaje sexista: «Mi querido amigo, ¿no te parece que se trataría más bien de una anécdota de tu abuelo más que otra cosa?». Lo traduje con una ligera modificación: aquello era más propio del abuelo “por tratarse de otra generación”. Mi tutora me previno. No ponía aquello. Había cambiado el original. Así que lo corregí, cambié mi traducción —pegándome al texto original— y añadí una nota: «Mi querido amigo, ¿no te parece que esa anécdota sería más propia de tu abuela que de tu abuelo? ⁸».

De todos modos, después de leer el siguiente artículo: Castro Vázquez, Olga (2008)⁹ —con el que topé, por casualidad, unos días más tarde— comprendí que lo que yo había hecho era, simplemente, adoptar una estrategia de traducción, una estrategia de traducción feminista. Como expone Olga Castro Vázquez:

La primera de estas estrategias es la suplementación o compensación, consistente en que mediante la intervención directa de la traductora sobre el texto se compensan las diferencias entre lenguas y sistemas culturales en lo que respecta a connotaciones, marcas de género, etc.

Esta estrategia, la que yo había adoptado en un primer momento, era tan válida como pegarnos al texto original con o sin nota. Como dije al comienzo, se trata de

⁸ El comentario evidentemente machista que refleja la actitud de la época.

⁹ Castro Vázquez, Olga (2008), “Género y traducción: elementos discursivos para una reescritura feminista”, *Lectora*, 14.

decisiones que debemos tomar los traductores. Tendremos que tomar decisiones, adoptar una postura.

4.2.3) *El lenguaje de época (siglo XIX) y la traducción de los sociolectos bajos o marginales en la literatura*

En contra de lo que podríamos pensar, la traducción de estos cuentos del siglo XIX no me resultó complicada y, aunque me topé con dos referencias bíblicas y algunos términos anticuados o en desuso como “*The next day but one*” (pasado mañana) o “*constitutional*” (el paseo diario), en general, la traducción no me planteó dificultades en este sentido.

- (1) Del *Libro de los salmos*, salmo 127:5, King James Version (KJV 1900):
Happy is the man that hath his quiver full of them:
They shall not be ashamed,
But they shall speak with the enemies in the gate.

En el original, en el cuento de Louisa Baldwin: “Musgrave should see his family ghost with his own eyes, and ever after be able to speak with his enemy in the gate.”

- (2) Del libro de los Hechos 26:28-30 (KJV):
Then Agrippa said unto Paul,
Almost thou persuadest me to be a Christian.

En el original, en el cuento de Louisa Baldwin: “Is it a case of ‘almost thou persuadest me’?”

En cuanto al habla que refleja la clase social de un estrato más bajo, el trasvase de los sociolectos bajos o marginales en la literatura, sí que me plantearon más dudas a la hora de qué estrategia adoptar. En *The weird of the Waldfords* tal es el caso para el habla de Gillam, el carpintero, y de la señora Barrett «la fiel y anciana ama de llaves».

En el caso de la señora Barrett, fue más sencillo tomar una decisión dado que solo interviene dos veces y, en el segundo parlamento de la ama de llaves, su tono también es neutro en inglés, por lo que decidí usar un tono similar en español:

- (1) “What, squire, the bed that your great uncle Geoffrey was found dead in, when he’d gone upstairs over-night as well and as hearty as ever man was, and making his ungodly jokes, the Lord forgive him! The very bed as your grandfather lay in two whole years before he died, and all the house heard his groans; and where your Aunt Hester was

laid with the water drip, drip, from every limb, just as they brought her in drowned from the brook!”

—Qué decís, señor, la cama en la que encontraron muerto a su tío abuelo Geoffrey, tras acostarse una noche cuando se encontraba tan bien y tan saludable como siempre, y gastando sus bromas impías, ¡que el Señor se apiade de él! La misma cama en la que yació el abuelo de usted dos años completos antes de morir, y toda la casa escuchó sus quejidos; y donde acostaron a su tía Hester con el agua goteando, goteando, de cada miembro, cuando la trajeron ahogada del arroyo.

Ahora bien, para la traducción de los parlamentos de Gillam, el carpintero, la estrategia fue otra. Opté por un tono más desenfadado y coloquial, igual que en el original, y, donde pude —pues en español no es tan común como en el inglés utilizar contracciones o bien omitir los sonidos finales de las palabras en el habla coloquial o de estratos sociales más bajos— utilicé la contracción y la eliminación de las últimas o primeras sílabas de las palabras, como en el caso de «*pa'cer* leña» (para hacer leña). También salpiqué los parlamentos de Gillam con la conjunción «pues». Es una conjunción muy común en el habla de los vascos. Me pareció que ayudaba a ofrecer el mismo tono que en el original. Pensé también en marcar incluso más el tono de Gillam. Y para ello estuve releendo algunos parlamentos de los personajes de Baroja, de la serie de novelas de la tierra vasca que reflejan esa misma época, finales del siglo XIX. Tampoco sería tan descabellado pensar que el carpintero es justamente un joven de un baserri. Pero, finalmente, decidí que sería mejor dejarlo más abierto, no tan localizado. No marcarlo tanto, dejando *estirao* en lugar de *estirau*, por ejemplo. Recojo, a continuación, algunos ejemplos de los parlamentos de Gillam traducidos al español:

- (2) “If it’s as the bed don’t seem nateral like to sleep in after so many o’ your kin has laid stiff and stark in it, won’t you sell it, squire, to them as knows nothing of its ways? That there panel with the berried ivy on it is a deal too pretty a bit of carving to make firewood on.”

—Pues como no parece natural dormir en la cama, después de que tantos parientes de usted hayan *estirao* la pata en esta misma cama, ¿por qué no venderla, señor, a algún desconocido? Ese panel con la hiedra y los frutos es una talla muy bonita *pa'cabar* cortándola *pa'cer* leña.

- (3) “Ay, surely, squire; there’s no law to hinder a man making any fool of hisself as he pleases wi’ what’s his own. But I sides with the chap as made the bedstead, and I shouldn’t like to think as in a matter o’ two or three hundred years a bit o’ my work ’ud be chopped up for firing.”
—Ay, pues sí, señor; que leyes no hay que impidan a un hombre hacer el ridículo como le plazca con lo que es suyo. Pero yo me pongo en el pellejo del buen hombre que hizo el armazón de la cama, y no me gustaría pensar que, doscientos o trescientos años más tarde, mi trabajo *ibacabar* en el leñero.

4.2.4) La conjunción “but” en el texto original y otros problemas sintácticos

Me llamó la atención la frecuencia con la que aparece la conjunción adversativa *but* en ambos cuentos de Louisa Baldwin, y quise saber exactamente cuántas veces se repetía. Para ello, utilicé la opción de “buscar y reemplazar” que ofrece Word. Las coincidencias eran 51 en *The Weird of the Walfords* y 43 en *The Real and the Counterfeit*. En español, resultaba muy repetitivo la utilización de «pero» tantas veces, así que traté de reducir su número: 38 en *El raro de los Walford* y 37 en *El fantasma de mi amigo*.

En cuanto a la sintaxis, si bien el español —al tener una mayor información morfológica— posee una mayor libertad sintáctica en el orden de las palabras que el inglés, en el caso del gerundio es más restrictiva. El gerundio no debe emplearse cuando indica un acto posterior al señalado por el verbo principal del cual depende. En su lugar, debemos buscar reformulaciones, que es lo que hice a la hora de traducir el siguiente párrafo de *The Weird of the Walfords*:

- (1) The following day, Musgrave and Armitage left for Stonecroft, picking up Lawley on the way, and arriving at their destination late in the evening, in the highest spirits and with the keenest appetites.

Al día siguiente, Musgrave y Armitage salieron para Stonecroft. Recogieron a Lawley de camino y llegaron a su destino al atardecer, exultantes y ansiosos.

Ahora bien, en general, el texto no me planteó grandes problemas en este sentido. Siento que tanto la práctica como las estrategias que hemos adquirido durante el máster me han ayudado mucho. También fui mucho más consciente de la traducción de “se” (los distintos usos del “se” en español y su traducción al inglés) gracias a las asignaturas de

Translation Strategies (Spanish-English) y Revising, Editing and Post-editing Translated Texts (Spanish-English) que imparte el profesor Kevin Costello.

V) Conclusión

La traducción literaria requiere de un trabajo de investigación que demanda muchas horas de trabajo, como hemos visto, por ejemplo, en el caso de la traducción de variantes dialectales y sociales. Pero, todavía más, cuando se trata de traducir poesía y, además, nos topamos con la dificultad añadida de que los versos contienen citas o incorporan variantes de citas de otros autores. Resolver el problema de la intertextualidad no es una tarea fácil y requiere de mucho esfuerzo en el ejercicio de la traducción.

Las herramientas TAO facilitan, sin duda, el trabajo de traducción, como he podido comprobar en la comparación crítica del uso de herramientas TAO en la traducción de dos cuentos de Louisa Baldwin, el cual ha sido el objeto de investigación de este TFM. Estas aminoran la carga de trabajo y aceleran el proceso de traducción. El resultado fue que el número de horas de trabajo se redujo a la mitad cuando traduje el segundo cuento con MateCat, lo que se convierte, al fin de cuentas, en un mayor rendimiento económico. Y en una profesión, muchas veces mal pagada, sobre todo en el ámbito literario, no deben desestimarse. Todo lo contrario, aprovechemos la ayuda que nos brindan.

Bibliografía

Baldwin, Louisa, ed. 1895. *The Shadow on the Blind, and Other Ghost Stories*, London: J.M. Dent & Co.

Castro Vázquez, Olga (2008), “Género y traducción: elementos discursivos para una reescritura feminista”, *Lectora*, 14.

Milla Soler, Carlos, y Marta Pino Moreno (*Verano de 2006. Recuperado el miércoles 29 de diciembre de 2021*): “De te fabula narratur: Los sistemas de cómputo y el rendimiento del trabajo en el sector editorial”, *Vasos Comunicantes*, 34.

Varios autores, ed. 2017. *Damas oscuras (cuentos de fantasmas de escritoras victorianas eminentes)*, Madrid: editorial Impedimenta.

ANEXO. Texto original: dos cuentos de Louisa Baldwin.

The Real and the Counterfeit

The Weird of the Walfords

THE REAL AND THE COUNTERFEIT

WILL MUSGRAVE determined that he would neither keep Christmas alone, nor spend it again with his parents and sisters in the south of France. The Musgrave family annually migrated southward from their home in Northumberland, and Will as regularly followed them to spend a month with them in the Riviera, till he had almost forgotten what Christmas was like in England. He rebelled at having to leave the country at a time when, if the weather was mild, he should be hunting, or if it was severe, skating, and he had no real or imaginary need to winter in the south. His chest was of iron and his lungs of brass. A raking east wind that drove his parents into their thickest furs, and taught them the number of their teeth by enabling them to count a separate and well-defined ache for each, only brought a deeper colour into the cheek, and a brighter light into the eye of the weather-proof youth. Decidedly he would not go to Cannes, though it was no use annoying his father and mother, and disappointing his sisters, by telling them beforehand of his determination.

Will knew very well how to write a letter to his mother in which his defection should appear as an event brought about by the overmastering power of circumstances, to which the sons of Adam must submit. No doubt that a prospect of hunting or skating, as the fates might decree, influenced his decision. But he had also long promised himself the pleasure of a visit from two of his college friends, Hugh Armitage and Horace Lawley, and he asked that they might spend a fortnight with him at Stonecroft, as a little relaxation had been positively ordered for him by his tutor.

“Bless him,” said his mother fondly, when she had read his letter, “I will write to the dear boy and tell him how pleased I am with his firmness and determination.” But Mr Musgrave muttered inarticulate sounds as he listened to his wife, expressive of incredulity rather than of acquiescence, and when he spoke it was to say, “Devil of a row three young fellows will kick up alone at Stonecroft! We shall find the stables full of broken-kneed horses when we go home again.”

Will Musgrave spent Christmas day with the Armitages at their place near Ripon. And the following night they gave a dance at which he enjoyed himself as only a very young man can do, who has not yet had his fill of dancing, and who would like nothing better than to waltz through life with his arm round his

pretty partner's waist.

The following day, Musgrave and Armitage left for Stonecroft, picking up Lawley on the way, and arriving at their destination late in the evening, in the highest spirits and with the keenest appetites. Stonecroft was a delightful haven of refuge at the end of a long journey across country in bitter weather, when the east wind was driving the light dry snow into every nook and cranny. The wide, hospitable front door opened into an oak panelled hall with a great open fire burning cheerily, and lighted by lamps from overhead that effectually dispelled all gloomy shadows. As soon as Musgrave had entered the house he seized his friends, and before they had time to shake the snow from their coats, kissed them both under the mistletoe bough and set the servants tittering in the background.

"You're miserable substitutes for your betters," he said, laughing and pushing them from him, "but it's awfully unlucky not to use the mistletoe. Barker, I hope supper's ready, and that it is something very hot and plenty of it, for we've travelled on empty stomachs and brought them with us," and he led his guests upstairs to their rooms.

"What a jolly gallery!" said Lawley enthusiastically as they entered a long wide corridor, with many doors and several windows in it, and hung with pictures and trophies of arms.

"Yes, its our one distinguishing feature at Stonecroft," said Musgrave. "It runs the whole length of the house, from the modern end of it to the back, which is very old, and built on the foundations of a Cistercian monastery which once stood on this spot. The gallery's wide enough to drive a carriage and pair down it, and it's the main thoroughfare of the house. My mother takes a constitutional here in bad weather, as though it were the open air, and does it with her bonnet on to aid the delusion."

Armitage's attention was attracted by the pictures on the walls, and especially by the life-size portrait of a young man in a blue coat, with powdered hair, sitting under a tree with a stag-hound lying at his feet.

"An ancestor of yours?" he said, pointing at the picture.

"Oh, they're all one's ancestors, and a motley crew they are, I must say for them. It may amuse you and Lawley to find from which of them I derive my good looks. That pretty youth whom you seem to admire is my great-great-grandfather. He died at twenty-two, a preposterous age for an ancestor. But come along Armitage, you'll have plenty of time to do justice to the pictures by daylight, and I want to show you your rooms. I see everything is arranged comfortably, we are close together. Our pleasantest rooms are on the gallery, and

here we are nearly at the end of it. Your rooms are opposite to mine, and open into Lawley's in case you should be nervous in the night and feel lonely so far from home, my dear children."

And Musgrave bade his friends make haste, and hurried away whistling cheerfully to his own room.

The following morning the friends rose to a white world. Six inches of fine snow, dry as salt, lay everywhere, the sky overhead a leaden lid, and all the signs of a deep fall yet to come.

"Cheerful this, very," said Lawley, as he stood with his hands in his pockets, looking out of the window after breakfast. "The snow will have spoilt the ice for skating."

"But it won't prevent wild duck shooting," said Armitage, "and I say, Musgrave, we'll rig up a toboggan out there. I see a slope that might have been made on purpose for it. If we get some tobogganing, it may snow day and night for all I care, we shall be masters of the situation anyway."

"Well thought of, Armitage," said Musgrave, jumping at the idea.

"Yes, but you need two slopes and a little valley between for real good tobogganing," objected Lawley, "otherwise you only rush down the hillock like you do from the Mount Church to Funchal, and then have to retrace your steps as you do there, carrying your car on your back. Which lessens the fun considerably."

"Well, we can only work with the material at hand," said Armitage; "let's go and see if we can't find a better place for our toboggan, and something that will do for a car to slide in."

"That's easily found—empty wine cases are the thing, and stout sticks to steer with," and away rushed the young men into the open air, followed by half a dozen dogs barking joyfully.

"By Jove! if the snow keeps firm, we'll put runners on strong chairs and walk over to see the Harradines at Garthside, and ask the girls to come out sledging, and we'll push them," shouted Musgrave to Lawley and Armitage, who had outrun him in the vain attempt to keep up with a deer-hound that headed the party.

After a long and careful search they found a piece of land exactly suited to their purpose, and it would have amused their friends to see how hard the young men worked under the beguiling name of pleasure. For four hours they worked like navvies making a toboggan slide. They shovelled away the snow, then with

pickaxe and spade, levelled the ground, so that when a carpet of fresh snow was spread over it, their improvised car would run down a steep incline and be carried by the impetus up another, till it came to a standstill in a snow drift.

“If we can only get this bit of engineering done to-day,” said Lawley, chucking a spadeful of earth aside as he spoke, “the slide will be in perfect order for to-morrow.”

“Yes, and when once it’s done, it’s done for ever,” said Armitage, working away cheerfully with his pick where the ground was frozen hard and full of stones, and cleverly keeping his balance on the slope as he did so. “Good work lasts no end of a time, and posterity will bless us for leaving them this magnificent slide.”

“Posterity may, my dear fellow, but hardly our progenitors if my father should happen to slip down it,” said Musgrave.

When their task was finished, and the friends were transformed in appearance from navvies into gentlemen, they set out through thick falling snow to walk to Garthside to call on their neighbours the Harradines. They had earned their pleasant tea and lively talk, their blood was still aglow from their exhilarating work, and their spirits at the highest point. They did not return to Stonecroft till they had compelled the girls to name a time when they would come with their brothers and be launched down the scientifically prepared slide, in wine cases well padded with cushions for the occasion.

Late that night the young men sat smoking and chatting together in the library. They had played billiards till they were tired, and Lawley had sung sentimental songs, accompanying himself on the banjo, till even he was weary, to say nothing of what his listeners might be. Armitage sat leaning his light curly head back in the chair, gently puffing out a cloud of tobacco smoke. And he was the first to break the silence that had fallen on the little company.

“Musgrave,” he said suddenly, “an old house is not complete unless it is haunted. You ought to have a ghost of your own at Stonecroft.”

Musgrave threw down the yellow-backed novel he had just picked up, and became all attention.

“So we have, my dear fellow. Only it has not been seen by any of us since my grandfather’s time. It is the desire of my life to become personally acquainted with our family ghost.”

Armitage laughed. But Lawley said, “You would not say that if you really believed in ghosts.”

“I believe in them most devoutly, but I naturally wish to have my faith confirmed by sight. You believe in them too, I can see.”

“Then you see what does not exist, and so far you are in a fair way to see ghosts. No, my state of mind is this,” continued Lawley, “I neither believe, nor entirely disbelieve in ghosts. I am open to conviction on the subject. Many men of sound judgment believe in them, and others of equally good mental capacity don’t believe in them. I merely regard the case of the bogies as not proven. They may, or may not exist, but till their existence is plainly demonstrated, I decline to add such an uncomfortable article to my creed as a belief in bogies.”

Musgrave did not reply, but Armitage laughed a strident laugh.

“I’m one against two, I’m in an overwhelming minority,” he said. “Musgrave frankly confesses his belief in ghosts, and you are neutral, neither believing nor disbelieving, but open to conviction. Now I’m a complete unbeliever in the supernatural, root and branch. People’s nerves no doubt play them queer tricks, and will continue to do so to the end of the chapter, and if I were so fortunate as to see Musgrave’s family ghost to-night, I should no more believe in it than I do now. By the way, Musgrave, is the ghost a lady or a gentleman?” he asked flippantly.

“I don’t think you deserve to be told.”

“Don’t you know that a ghost is neither he nor she?” said Lawley. “Like a corpse, it is always *it*.”

“That is a piece of very definite information from a man who neither believes nor disbelieves in ghosts. How do you come by it, Lawley?” asked Armitage.

“Mayn’t a man be well informed on a subject although he suspends his judgment about it? I think I have the only logical mind among us. Musgrave believes in ghosts though he has never seen one, you don’t believe in them, and say that you would not be convinced if you saw one, which is not wise, it seems to me.”

“It is not necessary to my peace of mind to have a definite opinion on the subject. After all, it is only a matter of patience, for if ghosts really exist we shall each be one in the course of time, and then, if we’ve nothing better to do, and are allowed to play such unworthy pranks, we may appear again on the scene, and impartially scare our credulous and incredulous surviving friends.”

“Then I shall try to be beforehand with you, Lawley, and turn bogie first; it would suit me better to scare than to be scared. But, Musgrave, do tell me about your family ghost; I’m really interested in it, and I’m quite respectful now.”

“Well, mind you are, and I shall have no objection to tell you what I know about it, which is briefly this: Stonecroft, as I told you, is built on the site of an old Cistercian Monastery destroyed at the time of the Reformation. The back part of the house rests on the old foundations, and its walls are built with the stones that were once part and parcel of the monastery. The ghost that has been seen by members of the Musgrave family for three centuries past, is that of a Cistercian monk, dressed in the white habit of his order. Who he was, or why he has haunted the scenes of his earthly life so long, there is no tradition to enlighten us. The ghost has usually been seen once or twice in each generation. But as I said, it has not visited us since my grandfather’s time, so, like a comet, it should be due again presently.”

“How you must regret that was before your time,” said Armitage.

“Of course I do, but I don’t despair of seeing it yet. At least I know where to look for it. It has always made its appearance in the gallery, and I have my bedroom close to the spot where it was last seen, in the hope that if I open my door suddenly some moonlight night I may find the monk standing there.”

“Standing where?” asked the incredulous Armitage.

“In the gallery, to be sure, midway between your two doors and mine. That is where my grandfather last saw it. He was waked in the dead of night by the sound of a heavy door shutting. He ran into the gallery where the noise came from, and, standing opposite the door of the room I occupy, was the white figure of the Cistercian monk. As he looked, it glided the length of the gallery and melted like mist into the wall. The spot where he disappeared is on the old foundations of the monastery, so that he was evidently returning to his own quarters.”

“And your grandfather believed that he saw a ghost?” asked Armitage disdainfully.

“Could he doubt the evidence of his senses? He saw the thing as clearly as we see each other now, and it disappeared like a thin vapour against the wall.”

“My dear fellow, don’t you think that it sounds more like an anecdote of your grandmother than of your grandfather?” remarked Armitage. He did not intend to be rude, though he succeeded in being so, as he was instantly aware by the expression of cold reserve that came over Musgrave’s frank face. “Forgive me, but I never can take a ghost story seriously,” he said. “But this much I will concede—they may have existed long ago in what were literally the dark ages, when rush-lights and sputtering dip candles could not keep the shadows at bay. But in this latter part of the nineteenth century, when gas and the electric light

have turned night into day, you have destroyed the very conditions that produced the ghost—or rather the belief in it, which is the same thing. Darkness has always been bad for human nerves. I can't explain why, but so it is. My mother was in advance of the age on the subject, and always insisted on having a good light burning in the night nursery, so that when as a child I woke from a bad dream I was never frightened by the darkness. And in consequence I have grown up a complete unbeliever in ghosts, spectres, wraiths, apparitions, doppelgangers, and the whole bogie crew of them," and Armitage looked round calmly and complacently.

"Perhaps I might have felt as you do if I had not begun life with the knowledge that our house was haunted," replied Musgrave with visible pride in the ancestral ghost. "I only wish that I could convince you of the existence of the supernatural from my own personal experience. I always feel it to be the weak point in a ghost story, that it is never told in the first person. It is a friend, or a friend of one's friend, who was the lucky man, and actually saw the ghost."

And Armitage registered a vow to himself, that within a week from that time Musgrave should see his family ghost with his own eyes, and ever after be able to speak with his enemy in the gate.

Several ingenious schemes occurred to his inventive mind for producing the desired apparition. But he had to keep them burning in his breast. Lawley was the last man to aid and abet him in playing a practical joke on their host, and he feared he should have to work without an ally. And though he would have enjoyed his help and sympathy, it struck him that it would be a double triumph achieved, if both his friends should see the Cistercian monk. Musgrave already believed in ghosts, and was prepared to meet one more than half way, and Lawley, though he pretended to a judicial and impartial mind concerning them, was not unwilling to be convinced of their existence, if it could be visibly demonstrated to him.

Armitage became more cheerful than usual as circumstances favoured his impious plot. The weather was propitious for the attempt he meditated, as the moon rose late and was approaching the full. On consulting the almanac he saw with delight that three nights hence she would rise at 2 a.m., and an hour later the end of the gallery nearest Musgrave's room would be flooded with her light. Though Armitage could not have an accomplice under the roof, he needed one within reach, who could use needle and thread, to run up a specious imitation of the white robe and hood of a Cistercian monk. And the next day, when they went to the Harradines to take the girls out in their improvised sledges, it fell to his lot to take charge of the youngest Miss Harradine. As he pushed the low chair on

runners over the hard snow, nothing was easier than to bend forward and whisper to Kate, "I am going to take you as fast as I can, so that no one can hear what we are saying. I want you to be very kind, and help me to play a perfectly harmless practical joke on Musgrave. Will you promise to keep my secret for a couple of days, when we shall all enjoy a laugh over it together?"

"O yes, I'll help you with pleasure, but make haste and tell me what your practical joke is to be."

"I want to play ancestral ghost to Musgrave, and make him believe that he has seen the Cistercian monk in his white robe and cowl, that was last seen by his respected credulous grand-papa."

"What a good idea! I know he is always longing to see the ghost, and takes it as a personal affront that it has never appeared to him. But might it not startle him more than you intend?" and Kate turned her glowing face towards him, and Armitage involuntarily stopped the little sledge. "For it is one thing to wish to see a ghost, you know, and quite another to think that you see it."

"Oh, you need not fear for Musgrave! We shall be conferring a positive favour on him, in helping him to see what he's so wishful to see. I'm arranging it so that Lawley shall have the benefit of the show as well, and see the ghost at the same time with him. And if two strong men are not a match for one bogie, leave alone a home-made counterfeit one, it's a pity."

"Well, if you think it's a safe trick to play, no doubt you are right. But how can I help you? With the monk's habit, I suppose?"

"Exactly. I shall be so grateful to you if you will run up some sort of garment, that will look passably like a white Cistercian habit to a couple of men, who I don't think will be in a critical frame of mind during the short time they are allowed to see it. I really wouldn't trouble you if I were anything of a sempster (is that the masculine of sempstress?) myself, but I'm not. A thimble bothers me very much, and at college, when I have to sew on a button, I push the needle through on one side with a threepenny bit, and pull it out on the other with my teeth, and it's a laborious process."

Kate laughed merrily. "Oh, I can easily make something or other out of a white dressing gown, fit for a ghost to wear, and fasten a hood to it."

Armitage then told her the details of his deeply laid scheme, how he would go to his room when Musgrave and Lawley went to theirs on the eventful night, and sit up till he was sure that they were fast asleep. Then when the moon had risen, and if her light was obscured by clouds he would be obliged to postpone the entertainment till he could be sure of her aid, he would dress himself as the

ghostly monk, put out the candles, softly open the door and look into the gallery to see that all was ready. "Then I shall slam the door with an awful bang, for that was the noise that heralded the ghost's last appearance, and it will wake Musgrave and Lawley, and bring them both out of their rooms like a shot. Lawley's door is next to mine, and Musgrave's opposite, so that each will command a magnificent view of the monk at the same instant, and they can compare notes afterwards at their leisure."

"But what shall you do if they find you out at once?"

"Oh, they won't do that! The cowl will be drawn over my face, and I shall stand with my back to the moonlight. My private belief is, that in spite of Musgrave's yearnings after a ghost, he won't like it when he thinks he sees it. Nor will Lawley, and I expect they'll dart back into their rooms and lock themselves in as soon as they catch sight of the monk. That would give me time to whip back into my room, turn the key, strip off my finery, hide it, and be roused with difficulty from a deep sleep when they come knocking at my door to tell me what a horrible thing has happened. And one more ghost story will be added to those already in circulation," and Armitage laughed aloud in anticipation of the fun.

"It is to be hoped that everything will happen just as you have planned it, and then we shall all be pleased. And now will you turn the sledge round and let us join the others; we have done conspiring for the present. If we are seen talking so exclusively to each other, they will suspect that we are brewing some mischief together. Oh, how cold the wind is! I like to hear it whistle in my hair!" said Kate as Armitage deftly swung the little sledge round and drove it quickly before him, facing the keen north wind, and she buried her chin in her warm furs.

Armitage found an opportunity to arrange with Kate, that he would meet her half way between Stonecroft and her home, on the afternoon of the next day but one, when she would give him a parcel containing the monk's habit. The Harradines and their house party were coming on Thursday afternoon to try the toboggan slide at Stonecroft. But Kate and Armitage were willing to sacrifice their pleasure to the business they had in hand.

There was no other way but for the conspirators to give their friends the slip for a couple of hours, when the important parcel would be safely given to Armitage, secretly conveyed by him to his own room, and locked up till he should want it in the small hours of the morning.

When the young people arrived at Stonecroft, Miss Harradine apologised for her younger sister's absence, occasioned, she said, by a severe headache.

Armitage's heart beat rapidly when he heard the excuse, and he thought how convenient it was for the inscrutable sex to be able to turn on a headache at will, as one turns on hot or cold water from a tap.

After luncheon, as there were more gentlemen than ladies, and Armitage's services were not necessary at the toboggan slide, he elected to take the dogs for a walk, and set off in the gayest spirits to keep his appointment with Kate. Much as he enjoyed maturing his ghost plot, he enjoyed still more the confidential talks with Kate that had sprung out of it, and he was sorry that this was to be the last of them. But the moon in heaven could not be stayed for the performance of his little comedy, and her light was necessary to its due performance. The ghost must be seen at three o'clock next morning, at the time and place arranged, when the proper illumination for its display would be forthcoming.

As Armitage walked swiftly over the hard snow, he caught sight of Kate at a distance. She waved her hand gaily and pointed smiling to the rather large parcel she was carrying. The red glow of the winter sun shone full upon her, bringing out the warm tints in her chestnut hair, and filling her brown eyes with soft lustre, and Armitage looked at her with undisguised admiration.

"It's awfully good of you to help me so kindly," he said as he took the parcel from her, "and I shall come round to-morrow to tell you the result of our practical joke. But how is the headache?" he asked smiling, "you look so unlike aches or pains of any kind, I was forgetting to enquire about it."

"Thank you, it is better. It was not altogether a made-up headache, though it happened opportunely. I was awake in the night, not in the least repenting that I was helping you, of course, but wishing it was all well over. One has heard of this kind of trick sometimes proving too successful, of people being frightened out of their wits by a make-believe ghost, and I should never forgive myself if Mr Musgrave or Mr Lawley were seriously alarmed."

"Really, Miss Harradine, I don't think that you need give yourself a moment's anxiety about the nerves of a couple of burly young men. If you are afraid for anyone, let it be for me. If they find me out, they will fall upon me and rend me limb from limb on the spot. I can assure you I am the only one for whom there is anything to fear," and the transient gravity passed like a cloud from Kate's bright face. And she admitted that it was rather absurd to be uneasy about two stalwart young men compounded more of muscle than of nerves. And they parted, Kate hastening home as the early twilight fell, and Armitage, after watching her out of sight, retracing his steps with the precious parcel under his arm.

He entered the house unobserved, and reaching the gallery by a back staircase, felt his way in the dark to his room. He deposited his treasure in the wardrobe, locked it up, and attracted by the sound of laughter, ran downstairs to the drawing-room. Will Musgrave and his friends, after a couple of hours of glowing exercise, had been driven indoors by the darkness, nothing loath to partake of tea and hot cakes, while they talked and laughed over the adventures of the afternoon.

“Wherever have you been, old fellow?” said Musgrave as Armitage entered the room. “I believe you’ve a private toboggan of your own somewhere that you keep quiet. If only the moon rose at a decent time, instead of at some unearthly hour in the night, when it’s not of the slightest use to anyone, we would have gone out looking for you.”

“You wouldn’t have had far to seek, you’d have met me on the turnpike road.”

“But why this subdued and chastened taste? Imagine preferring a constitutional on the high road when you might have been tobogganing with us! My poor friend, I’m afraid you are not feeling well!” said Musgrave with an affectation of sympathy that ended in boyish laughter and a wrestling match between the two young men, in the course of which Lawley more than once saved the tea table from being violently overthrown.

Presently, when the cakes and toast had disappeared before the youthful appetites, lanterns were lighted, and Musgrave and his friends, and the Harradine brothers, set out as a bodyguard to take the young ladies home. Armitage was in riotous spirits, and finding that Musgrave and Lawley had appropriated the two prettiest girls in the company, waltzed untrammelled along the road before them lantern in hand, like a very will-o’-the-wisp.

The young people did not part till they had planned fresh pleasures for the morrow, and Musgrave, Lawley, and Armitage returned to Stonecroft to dinner, making the thin air ring to the jovial songs with which they beguiled the homeward journey.

Late in the evening, when the young men were sitting in the library, Musgrave suddenly exclaimed, as he reached down a book from an upper shelf, “Hallo! I’ve come on my grandfather’s diary! Here’s his own account of how he saw the white monk in the gallery. Lawley, you may read it if you like, but it shan’t be wasted on an unbeliever like Armitage. By Jove! what an odd coincidence! It’s forty years this very night, the thirtieth of December, since he saw the ghost,” and he handed the book to Lawley, who read Mr Musgrave’s

narrative with close attention.

“Is it a case of ‘almost thou persuadest me?’” asked Armitage, looking at his intent and knitted brow.

“I hardly know what I think. Nothing positive either way at any rate.” And he dropped the subject, for he saw Musgrave did not wish to discuss the family ghost in Armitage’s unsympathetic presence.

They retired late, and the hour that Armitage had so gleefully anticipated drew near. “Good-night both of you,” said Musgrave as he entered his room, “I shall be asleep in five minutes. All this exercise in the open air makes a man absurdly sleepy at night,” and the young men closed their doors, and silence settled down upon Stonecroft Hall.

Armitage and Lawley’s rooms were next to each other, and in less than a quarter of an hour Lawley shouted a cheery good-night, which was loudly returned by his friend. Then Armitage felt somewhat mean and stealthy. Musgrave and Lawley were both confidingly asleep, while he sat up alert and vigilant maturing a mischievous plot that had for its object the awakening and scaring of both the innocent sleepers. He dared not smoke to pass the tedious time, lest the tell-tale fumes should penetrate into the next room through the keyhole, and inform Lawley if he woke for an instant that his friend was awake too, and behaving as though it were high noon.

Armitage spread the monk’s white habit on the bed, and smiled as he touched it to think that Kate’s pretty fingers had been so recently at work upon it. He need not put it on for a couple of hours yet, and to occupy the time he sat down to write. He would have liked to take a nap. But he knew that if he once yielded to sleep, nothing would wake him till he was called at eight o’clock in the morning. As he bent over his desk the big clock in the hall struck one, so suddenly and sharply it was like a blow on the head, and he started violently. “What a swinish sleep Lawley must be in that he can’t hear a noise like that!” he thought, as snoring became audible from the next room. Then he drew the candles nearer to him, and settled once more to his writing, and a pile of letters testified to his industry, when again the clock struck. But this time he expected it, and it did not startle him, only the cold made him shiver. “If I hadn’t made up my mind to go through with this confounded piece of folly, I’d go to bed now,” he thought, “but I can’t break faith with Kate. She’s made the robe and I’ve got to wear it, worse luck,” and with a great yawn, he threw down his pen, and rose to look out of the window.

It was a clear frosty night. At the edge of the dark sky, sprinkled with stars, a

faint band of cold light heralded the rising moon. How different from the grey light of dawn, that ushers in the cheerful day, is the solemn rising of the moon in the depth of a winter night. Her light is not to rouse a sleeping world and lead men forth to their labour, it falls on the closed eyes of the weary, and silvers the graves of those whose rest shall be broken no more. Armitage was not easily impressed by the sombre aspect of nature, though he was quick to feel her gay and cheerful influence, but he would be glad when the farce was over, and he no longer obliged to watch the rise and spread of the pale light, solemn as the dawn of the last day.

He turned from the window, and proceeded to make himself into the best imitation of a Cistercian monk that he could contrive. He slipped the white habit over all his clothing, that he might seem of portly size, and marked dark circles round his eyes, and thickly powdered his face a ghastly white.

Armitage silently laughed at his reflection in the glass, and wished that Kate could see him now. Then he softly opened the door and looked into the gallery. The moonlight was shimmering duskily on the end window to the right of his door and Lawley's. It would soon be where he wanted it, and neither too light nor too dark for the success of his plan. He stepped silently back again to wait, and a feeling as much akin to nervousness as he had ever known came over him. His heart beat rapidly, he started like a timid girl when the silence was suddenly broken by the hooting of an owl. He no longer cared to look at himself in the glass. He had taken fright at the mortal pallor of his powdered face. "Hang it all! I wish Lawley hadn't left off snoring. It was quite companionable to hear him."

And again he looked into the gallery, and now the moon shed her cold beams where he intended to stand. He put out the light and opened the door wide, and stepping into the gallery threw it to with an echoing slam that only caused Musgrave and Lawley to start and turn on their pillows. Armitage stood dressed as the ghostly monk of Stonecroft, in the pale moonlight in the middle of the gallery, waiting for the door on either side to fly open and reveal the terrified faces of his friends.

He had time to curse the ill-luck that made them sleep so heavily that night of all nights, and to fear lest the servants had heard the noise their master had been deaf to, and would come hurrying to the spot and spoil the sport. But no one came, and as Armitage stood, the objects in the long gallery became clearer every moment, as his sight accommodated itself to the dim light.

"I never noticed before that there was a mirror at the end of the gallery! I should not have believed the moonlight was bright enough for me to see my own reflection so far off, only white stands out so in the dark. But is it my own

reflection? Confound it all, the thing's moving and I'm standing still! I know what it is! It's Musgrave dressed up to try to give me a fright, and Lawley's helping him. They've forestalled me, that's why they didn't come out of their rooms when I made a noise fit to wake the dead. Odd we're both playing the same practical joke at the same moment! Come on, my counterfeit bogie, and we'll see which of us turns white-livered first!"

But to Armitage's surprise, that rapidly became terror, the white figure that he believed to be Musgrave disguised, and like himself playing ghost, advanced towards him, slowly gliding over the floor which its feet did not touch. Armitage's courage was high, and he determined to hold his ground against the something ingeniously contrived by Musgrave and Lawley to terrify him into belief in the supernatural.

But a feeling was creeping over the strong young man that he had never known before. He opened his dry mouth as the thing floated towards him, and there issued a hoarse inarticulate cry, that woke Musgrave and Lawley and brought them to their doors in a moment, not knowing by what strange fright they had been startled out of their sleep. Do not think them cowards that they shrank back appalled from the ghostly forms the moonlight revealed to them in the gallery. But as Armitage vehemently repelled the horror that drifted nearer and nearer to him, the cowl slipped from his head, and his friends recognised his white face, distorted by fear, and, springing towards him as he staggered, supported him in their arms. The Cistercian monk passed them like a white mist that sank into the wall, and Musgrave and Lawley were alone with the dead body of their friend, whose masquerading dress had become his shroud.

THE WEIRD OF THE WALFORDS

ON A SUMMER'S DAY in the year 1860, I, Humphrey Walford, did a deed for which I should have been disinherited by my father and disowned by my ancestors. I laid sacrilegious hands on the old carved oak four-post family bedstead and destroyed it.

Alone I could not have accomplished the work of destruction. The massive posts, canopy, and panels would have resisted my single efforts; but I compelled two reluctant men to lend me their aid, and by the help of saws and hatchets we reduced the whole structure to billets of wood such as one might kindle a cheerful flame with in the parlour grate on a damp summer evening.

It was a bed with a history to me so unspeakably melancholy that I had resolved when I was my own master I would destroy the gloomy structure, and rid me of the nightmare-like feeling with which the sight of it never failed to inspire me.

The bed itself was upwards of three hundred years old, carved in oak grown on our land, while the heavy dark-green hangings, faded and musty-smelling, dated only from the time of my great-grandfather Walford. I have the dimensions of the huge hearse-like thing by heart. It was ten feet long by eight feet wide, and ten feet high; and when as a small child I was brought to see my young mother die in the recesses of the vast bed, I looked up at its tall posts with something of the awe with which I should now regard the loftiest tree.

For three centuries this bed had been the cradle and grave of our family. Its heavy drapery had deadened the sound of the first cry and the last groan of the generations of Walfords who had been born or died in Walford Grange. In its solemn depths the newly-wedded brides of the family lay the first few nights in their new home, till the wedding festivities were ended, and the squire and his wife began their every-day married life by occupying a less stately but more comfortable bed.

I knew the history of the gloomy old piece of furniture as family tradition had preserved it for three centuries. Ten Squire Walfords had either died in that bed or had lain on it after death awaiting their burial. I was the eleventh squire dating from the epoch of the bed, and I would neither die in it nor be laid upon it after my death. And to make sure of this there was no way but now, in my youth and strength, to fall upon it with hatchet and saw and utterly destroy it.

I did not fear death more than my forefathers, but I resented being bidden by family tradition and custom to die in a given spot. I rebelled at having a definite place assigned to me to lie down in and die—a place so fraught with dismal associations as the ancient, hearse-like bed. I could not endure to think that, wander wide as I would, I must return to this bed of death at last, and here, among stifling pillows and heavy curtains, end my life precisely where it began.

Must this ghastly horror of my childhood be the goal towards which I tend? When I am sailing on mid-ocean, the ship ploughing her way through the furrows of the sea, shall I only be speeding, sooner or later, towards this dismal bed? When I climb mountains and breathe the keen air of the heights, is it but to end in the exclusion of light and air? must every step I take, every journey I make, be but a stage on the road that ends in the stifling pillows of this bed of death? No, a thousand times no, and I brought my axe down on the footboard with a crash.

How vividly both the dead and living who had occupied this ancient bed rose before my mind's eye! Here had lain Ralph Walford, killed in the Civil Wars, fighting for the king, and his wounded body was brought home and stretched on what had been his bridal bed to await his burial. And here died Squire Ralph's young widow, who, a short time after her husband's sad home-coming, gave birth to his posthumous child, and never again left this ill-omened bed till they carried her out feet foremost. Ralph Walford's brother Heneage, the next Squire, thought to make the old bed festive with gold and crimson hangings, to forget that his brother's corpse had lain on it, his orphan child been born in it, and his widow died in it, and by the upholsterer's wit to convert a hearse into a bridal bower.

Brighter times came to our family with the Restoration. We had spent our blood and treasure in the king's cause, for which he did not suffer us to go unhonoured; for shortly after his joyful restoration his gracious majesty was travelling within ten miles of Walford Grange, and, the weather proving stormy, and there being no other Royalist house of consideration near, he made shift to pass a night under the roof of his faithful servant Heneage Walford.

My father often told me the history of that memorable visit, as it had been handed down from generation to generation. How gracious and witty was the king's majesty, how merry and light-hearted, as little troubled by the murder of his royal father and the heavy misfortunes of his house as by the brave lives lost and families impoverished in his cause!

Squire Heneage was as loyal a man as ever drew sword for the king, yet he was heard to say that it was a cursed day for him when his gracious majesty

honoured him by being his guest, for it turned his wife Mistress Johanna's head, and she was never again the woman she had been. She grumbled and bemoaned herself that the king had not knighted her husband, so that she might have ruffled it a step above the squirearchy. But one abiding comfort remained with her from the royal visit. And this was that both at coming and going the king had saluted her, and she ever after prettily described the royal manner of kissing, which she affirmed to differ from that practised by ordinary men. Mistress Johanna's serving woman, Anne Grimshaw, said that the king had saluted her too; but this her mistress would not hear of, and when she appealed to Squire Heneage he set the vexed question at rest by giving his opinion that, judging it as a matter of probability, it was more likely that a vain woman should lie, than that his sacred majesty should kiss Anne Grimshaw, who had a foul face of her own.

If I have somewhat enlarged on the fact of the king's visit to Walford Grange, it is not so much on account of any tokens of his royal favour that he was pleased to bestow on my ancestors, as because he lay in the best chamber, in the great oak bed with its brave new hangings. But the king was tormented by terrible dreams, and woke in the morning haggard and weary, as though he had been ridden by witches. And that I attributed to a malign influence in the hearse-like bed itself, and with that I crashed into it afresh.

I had long promised myself this fierce destructive joy, when I in my turn should be master of Walford Grange. My father had died in this bed three years ago, and I had been travelling in the south of Europe ever since, urged partly by the restless curiosity of youth, and partly by the belief that no Squire Walford had ever crossed the seas before. Some younger sons and thriftless members of our family, in pursuit of the fortune denied them at home, had ventured into foreign lands, but the head of the house never. My father met any wishes or arguments I advanced on the subject of travel by a statement that seemed to him conclusive—that a man sees enough in his own country that he can't understand, without going abroad to complete his confusion. But now on my return home I hastened to carry out my design on the hated ancestral bed.

What consternation prevailed in the house when it was understood what I was about, and when I and Gillam the carpenter and his man, having stripped the great bed of its drapery, proceeded to take to pieces the panels of the carved oak canopy! Mrs Barrett, the old housekeeper, stood wiping her honest eyes and bewailing my impiety.

“Don't 'ee do it, squire, don't 'ee do it! You may come to know the want of a good feather bed to die in yet! Such a bed as it's been for lyings in and layings out, and I'd hoped to ha' seen you laid in it, like your poor father before you.”

What Mrs Barrett's expectation of life may have been I know not, but she was sixty-five, and I twenty-four years of age.

"My good Barrett, I have determined that this bed shall utterly perish. We will not contribute one more corpse to its greedy maw. But if it be its feathers that you bewail, you are welcome to its pillows to line your nest with, but the bed itself must perish."

"What, squire, the bed that your great uncle Geoffrey was found dead in, when he'd gone upstairs over-night as well and as hearty as ever man was, and making his ungodly jokes, the Lord forgive him! The very bed as your grandfather lay in two whole years before he died, and all the house heard his groans; and where your Aunt Hester was laid with the water drip, drip, from every limb, just as they brought her in drowned from the brook!"

"Yes, my good Barrett, because of these very things the bed must perish."

Then Gillam began, as he took off his paper cap and wiped his brow:

"If it's as the bed don't seem nateral like to sleep in after so many o' your kin has laid stiff and stark in it, won't you sell it, squire, to them as knows nothing of its ways? That there panel with the berried ivy on it is a deal too pretty a bit of carving to make firewood on."

"No, Gillam, I shall not sell it. The man who would take money for the bed his ancestors died in, would sell their bones to make knife-handles of. Besides, the bed has existed long enough; it has served my family to die in for ten generations. It's my own property, Gillam; mayn't I do what I will with my own?"

"Ay, surely, squire; there's no law to hinder a man making any fool of hisself as he pleases wi' what's his own. But I sides with the chap as made the bedstead, and I shouldn't like to think as in a matter o' two or three hundred years a bit o' my work 'ud be chopped up for firing."

"Be under no uneasiness, Gillam; you and I do not live in an age that produces lasting work. Our glue-and-tintack carpentry is not done with a view to posterity."

"Well, squire," continued Gillam, returning to his first idea, "if you won't sell the bedstead whole nor piecemeal, you might give me them panels with the carved ivy on 'em. I could find you some bits o' wood as 'ud burn brighter and better."

"I don't mind giving you the old ivy carving, Gillam," I said, "but only on condition that I shall never see anything more of it, in any shape or form."

“That’s easy promised, sir, and thank you kindly. I’ll make it up into something as’ll surprise itself.”

Having weakly consented to his request, I saw him lay aside two or three beautiful panels, richly carved with branches of berried ivy, as salvage from the general wreck. If the gloomy horrors of the old bed had not eaten into my very heart, I could never have lent a hand at such a work of destruction. I should at least have saved the footboard with its carving in high relief of Adam and Eve under the tree, a man-headed serpent twining round the trunk, and the branches bending beneath their load of fruit. But I could not look at it without thinking of the dying eyes that had fixed their fading gaze on it, so my axe and saw made havoc of a work of art. When the floor was littered over with billets of wood, and the men were wiping their hot faces, I felt a strange lightness of heart, a comfortable sense of work postponed at length happily accomplished.

“Gillam,” I said, “there was timber enough in that huge thing to build a man-of-war, drapery to make her sails, and rope enough for all her rigging.”

“Ay, there was a’most; ” and, hastily throwing his tools into his basket, he added, sarcastically I thought, “there’ll be nothing else I can help you to pull down or to smash up, squire?”

I soon found that my destructive toil had benefited me in more ways than one. Not only had it freed me from an intolerable oppression of spirit, but it had established for me in the neighbourhood a reputation for eccentricity, which I maintained afterwards at the smallest cost, and found of great service. The carrying out of my long-cherished purpose was regarded as evidence of a wild and lawless disposition, bordering on mental derangement. Night after night at the alehouse Gillam recounted to a breathless audience the story of the scene of destruction at which he had assisted professionally. And it grew in the telling till, without the slightest intention of lying, he added that the squire’s rage against the old place was such, that he had been obliged to menace him with the screwdriver to keep him from tearing down the mantelshelf and wainscot.

I was evidently a man whom it was not wise to thwart or contradict. My servants flew at my least word with an alacrity I had not before observed. My bidding was promptly done, my orders were not disputed, and whatever I said was agreed to with servility. While enjoying the sweets of mental health, as my neighbours voted me on such insufficient grounds on the borderland of insanity, I availed myself of the liberty it gave me to speak and act as I chose. Their hasty judgment had made me free of the wide domain of conduct. There was nothing I could do, however extravagant, but was clearly shadowed forth in the destruction of the ancestral oak bed.

I began to grow lonely in Walford Grange. My good Barrett died suddenly, and in my solitude I wanted someone to sit and talk with me in the long evenings, for even the bright wood fire flickering on the hearth could not satisfy all my desires for cheerful companionship. I should not have wished to marry if I had had a brother to live with me, to share my thoughts and occupations, and who would himself marry and preserve the name. But I was the last of the family, and I did not mean to let an ancient race die out.

I began seriously to think of marrying, though whom, I had not an idea, for so far I had not seen the woman I should care to marry, nor could I suppose that anyone looked with an eye of favour upon me. But when a man makes up his mind to marry, and sets out on his travels by land and sea, resolved never to return to his home till he brings a wife with him, it would be hard if he could not effect his purpose.

It happened that I met with my wife unexpectedly, and where I should have thought I was least likely to meet her—in a log house in the far west of America. Her name was Grace Calvert, and she was only eighteen years old, fair and fresh as an unfolding flower, and full of the high spirits and delight of life suited to her age and her free and simple bringing up. I fell in love with her at first sight, and we were married after a short courtship, for I had obtained the object of my travel, and my little wife was wild with curiosity and impatience to see England. She had a most romantic conception of the land of her forefathers, and delighted me by her belief that every village in England contained a church, vast and venerable as Westminster Abbey, and was engirt with hills crowned by frowning fortresses.

Grace had never seen houses built either of brick or stone, and had I not been able to show her a photograph of Walford Grange, it would have been impossible to give her any idea of an object so strange that there was nothing within the narrow limits of her experience with which to compare it. Her imagination was greatly stirred by the picture of the old house. Not a detail escaped her, from the fluted chimneys to the stone seats in the wide porch. The oriel windows, with their diamond panes, pleased my young wife more than anything, and especially she admired the broad windows of the best bed-chamber, in which some two years before I had wrought my destructive will on the ancestral bed. The room was now bare and stripped of furniture, and since Mrs Barrett's death I had kept it constantly locked.

Grace was fascinated with the position of the room, with its large window over the porch, looking down the avenue of limes by which the house was approached, to the open country, and the line of low hills that bounded the

horizon.

“That room must be lighter than those on the ground floor,” she said, “see how the upper story projects and throws a shadow over the lower rooms. We will make it our sitting-room, will we not?”

The request gave me a strange sinking of heart, and I felt that not even the society of my young wife could induce me to live in the room that had so long contained the hearse-like bed. I temporised with her in a vague manner, neither granting nor denying her request. I begged her to wait till she could see for herself how much better adapted to the comfort of daily life were the rooms on the ground-floor than those on the upper story. In all her short life, Grace had not been further than twenty miles from the spot where she was born, and I feared lest taking her away from all she loved, and from everything with which she was familiar, might prove too keen a pain.

There was a brief tempest of tears at parting with the dear ones she was never to meet again, but it was an April shower succeeded by smiles. Each outburst of weeping was of shorter duration, and the sunny intervals between them were longer, till in a few days Grace was her bright self again. The excitement of the journey was so overwhelming as to swallow up every other feeling.

We reached our home one November afternoon, as the setting sun looked out through a rift in the clouds, and his level beams lighted up every casement with a red glow. As we drove up the leafless avenue, heavy drops fell from the bare boughs overhead, and Grace, clinging to my arm, said in a frightened whisper—

“O Humphrey, that light in the window is not like sunshine! It looks as if your old house was on fire!” and raising my eyes I caught for one moment the full effect of the illusion. But, the sun sinking into his bed of cloud, the red glow faded from the windows and left them dark and dim. “Welcome, my darling, to your English home!” I said, and I took my little wife by the hand and led her up the wide oak staircase; and before we sat down to our evening meal I had taken her over the house from garret to basement, preceding her, candle in hand, through the darkening rooms.

She expressed unbounded admiration for the house and its furniture, but the old family portraits and pictures excited her utmost enthusiasm, for Grace had never seen anything more venerable or older than her grandparents and the log house in which she was born. When her raptures had toned down sufficiently to allow her to eat a little, and we were seated at supper in the oak parlour, my little wife suddenly said:

“Humphrey, there ought to be a ghost in a house like this.”

“Why should there be?” I asked, while I smiled at her extreme gravity.

“Because so many generations of men and women cannot have been born and died in this house without leaving some trace of themselves for us who come after;” and I saw that works of fiction had penetrated into the far west, for Grace had certainly been reading romances.

“I object to talking about ghosts at supper,” I said; “breakfast is the best time for such conversation, and not a word should be uttered on the subject later than twelve o’clock at noon; ” and I rose, and taking one of the candles with me, and holding it so as to throw the light on a dark painting over the mantelshelf, I asked—

“Do you know who that is?”

My little wife looked earnestly at the portrait, with her head inclined dubiously, and with a puzzled expression of face.

“I am not surprised that you do not know who that dark sinister-looking man is, for the backwoods of America are not hung with portraits of Charles the Second. Yes, that is King Charles; and the melancholy cast of his features must be merely an inherited expression—certainly nothing in his nature answered to it—for he passed through grief and tragedy with a light heart. He once spent a night in this very house; we have the tradition of his visit, with many quaint details, preserved to this day.”

“Oh how wonderful to think of it!” said Grace eagerly; “and would the king sup in this very room where you and I are now?”

“Yes, in this very room, and would you like to know what he had for supper?”

“No, that is not the kind of thing that makes me curious. I want to know how the king looked, how he was dressed, and in which of those solemn-looking old bedrooms upstairs he slept. No doubt you still have the bed the king slept in?”

“No,” I replied with decision, “that I am sure we have not.”

“Then to-morrow, Humphrey, you will show me the room the king slept in, and the bed I can imagine for myself.”

The bed she could imagine for herself! My little wife did not know what she was talking about. The next day the event occurred which might have been expected. I was walking in the garden, when Grace came to me, and slipping her hand through my arm, drew me towards the porch.

“You see that large window,” she said, pointing towards it as she spoke; “that is the one I admired so much in the picture of the house. I have looked out of

every window but that, and I fancy the room must be locked, for I cannot open it, so I have fetched you to unlock it for me.”

I walked in silence by her side while she led me into the house and upstairs to the door of the hated room, talking with so much animation herself that she did not notice that I had not spoken a word.

“This is the room,” she said gaily, and she turned the latch of the door to and fro, saying as she did so, “You see it is locked.”

“I know it is,” I said sullenly.

“Then fetch the key and open it,” and Grace gave the door-handle a little impetuous shake.

“My dearest, don’t ask me again to open that door, for I shall not do it.”

“Not do what I ask you to do? How cruel of you!” and her eyes filled with tears.

I knew that my young wife thought me brutal, but I could only say “Anything else in my power I will do for you, only this one thing, this one little thing, I beg you will not ask me to do.”

“If you admit that it is such a very small thing, there can be no reason why you should refuse to grant me such a trivial request,” persisted Grace; “when I ask you simply to unlock a door in your own house, and you refuse to do it, I can only think that you do not love me, or else that there is some horrid mystery about the room that you wish to keep hidden from me; ” and she wiped away a hasty tear, that proceeded rather from indignation than from grief.

“My dear Grace, do not let us be tragic about nothing. There is no secret connected with this room that I have ever heard of, and I love you so much that I cannot bear to see you troubling yourself with absurd imaginations. The fact is this. I have a feeling—call it superstition, what you will—but I have a feeling that would make it very painful to me to open this door and take you into the room. And what pleasure could there be in seeing a bare, unfurnished room, precisely like any other empty room?”

“But I should set about furnishing it at once.”

“Let us come away,” I said, gently removing her dear obstinate hand from the lock. “I repeat, I have a feeling about that room that would prevent my ever being happy in it,” and, I added lightly, “Don’t let my Eve spoil our paradise by longing after the forbidden fruit.”

But Grace said quickly, “It was not Adam who forbade Eve to eat of the fruit. If it had been, I can’t see that there would have been any great harm in

disobeying him.” And we said no more about the locked door, but a cloud had come between us, and the unalloyed sweetness of our first happiness was lost.

One day, a few weeks after this folly, when I was beginning to hope that my little wife had forgotten her curiosity, I saw from her constrained and uneasy manner that something had happened to disturb her.

“My dear Grace, you certainly are not happy this morning—will you not tell me what ails you?” I asked.

Her voice trembled and her face flushed as she replied. “Humphrey, I did not think you could tell me an untruth.”

“My child, what do you mean? We are playing at cross purposes. Be so good as to explain your meaning, that we may not misunderstand each other for a moment.”

“You told me that the big bedroom you keep locked was empty.”

“So it is,” I said, growing impatient at this childish scene, “but what is the untruth I have told you?”

“Why, the room is not empty. I can prove what I say.”

“The room not empty! Nonsense! I keep the key, and none but myself has entered it these two years.”

“How can you persist in such an untruth, Humphrey? I am not ashamed to confess that I looked through the keyhole—I wonder I did not do it before—and I saw in the middle of the room, between the door and the window, an enormous old bed. I could only see the two foot-posts, but they went up to the ceiling, and the footboard was high and richly carved, and the curtains a gloomy, dark green. So you have deceived me about the room, and I am afraid there is some secret connected with it that you dare not tell me. What ails you, Humphrey?” and my wife rose with a terrified exclamation, for I thought I was fainting, and all the life seemed to have gone out of the air.

“Grace,” I said, when I had shaken off the sense of oppression, “let us go at once to that unlucky room, and settle this preposterous dispute. You say that the room has furniture in it—I say that it is empty. We will see which of us is right, and then we will never mention the subject again;” and I asked my wife to come with me and assure herself that the room was, as I said, absolutely bare and unfurnished.

My hand shook as I turned the key, and, flinging the door open till it strained on its hinges, we entered the room together.

Grace shrank back with a low cry, and covered her face with her hands.

“Where is it gone to, the great bed that I saw standing on this very spot? I cannot have been deceived. O Humphrey! why do you play me such cruel tricks? You terrify me.”

“My little wife,” I said, assuming an air of cheerfulness I was far from feeling, “this comes of what I must call your overweening curiosity. If my dear girl had been content to let me keep this door locked, she would not have grown so curious that her little brain is almost turned, and she has taken to seeing housewifely spectral illusions of domestic furniture. Depend upon it, what you think you saw was nothing but the creature of your own imagination, that has dwelt so long on the idea of furnishing the room that you have only to peep through the keyhole, and, hey, presto! the thing is done, and beds and tables start forward at your bidding. But hence-forward you can enter the room as often as you like, only we will not live in it, and I will not have it furnished.”

This appeared to satisfy Grace, and though I could not fully persuade her that the great bed she had seen when she peeped through the keyhole was an illusion begotten of curiosity and a lively imagination, yet with the door of the room unlocked, she felt that she had some control over any tricks I might play her in the future.

I was deeply disturbed by what she had told me. I had not breathed a word to my wife about the destruction of the ancestral bed. Mrs Barrett was dead before we were married, and I had changed my servants since her death, and, as we saw nothing of our neighbours, Grace could not have heard from anyone of the ghastly old bed, which nevertheless she had accurately described to me.

I could never tell her the truth now. It would shake her nerves, and impress her with the idea that there was something weird about the house. I wished I had not destroyed the old bed. Better far that she should have known the gloomy reality than behold a presentment of it that was neither an embodiment of memory nor a vivid picturing of it from imagination. I tried if I could summon up a like hallucination, but in vain. Though my memory of the ancient bed was perfect, and every detail stamped on my mind, never could I call it up before my external vision, however earnestly I tried to do so.

Grace completely regained her accustomed cheerfulness, and in the spring was busy making a thousand little preparations for the expected arrival of an infant, which was to surpass any yet born into this world. I could hardly believe the gentle obstinacy of my wife, when, after all I had said about the empty room, she asked one day if she might not make it into a nursery.

“Do you not remember, dear, that I said we would not furnish that room?” I

said.

“Oh, of course, not furnish it; a nursery needs no furniture; but it is much the most cheerful and sunny room in the house.”

And again I had to appear inhuman and refuse my little wife a trivial request.

One morning as I sat in my room busy with my accounts, Grace came to tell me that she was going to drive to the county town, some eight miles distant, for a round of shopping, such as her soul loved. I said that if she would wait till the next day I should be able to take her myself, but she tapped the barometer on the wall, that had stood for sometime at “set fair,” and assured me it would rain tomorrow, and that she must avail herself of the fine weather to-day. So away drove my self-willed darling, nodding a gay farewell as the carriage drove away from the house.

Grace returned late in the afternoon in the best of spirits, bringing with her an enormous package, such as none but a country woman, or one, like my little wife from the far west, would dream of bringing with her in an open carriage. It must have broken the coachman’s heart to drive with it through the streets of the county town.

“What in the name of wonder have you brought home with you?” I asked.

“Ah!” she said, laughing, “it is a trial for your curiosity now! Anything else you may ask me I will tell you, only I cannot let you know anything about this mysterious package.” “Then have it put out of sight,” I said, “or depend upon it I shall find some hole in the wrapper to peep through. You ought to know what a devouring passion curiosity is.”

As the unwieldy bundle was carried upstairs, its cover slipped aside and revealed a pair of black oak rockers. But I said nothing; Grace should tell me her little secret in her own way, and at her own time.

We thought ourselves the happiest creatures in the world when our little son Heneage was born. The gloom that brooded over the house from the death of many generations was lessened by the joy of birth, and my young son’s life was like the sprouting acorn that sends up its vigorous shoot through the earth, fed by the fallen leaves of a hundred autumns. On the third day of our happiness my wife sent for me, and told me she had a very pretty surprise for me.

“I can tell you all about the big mysterious package now. It was a beautiful old-fashioned cradle that I bought in Carlyon from a man called Gillam, who keeps an old furniture shop here. I fell in love with it at once, for I knew how well it would suit this house with its old oak. Gillam said he could swear it was old work; in fact, he said it was originally part of a fine old bedstead a poor mad

gentleman in the neighbourhood actually destroyed in a fit of frenzy, but he was lucky enough to secure a portion of the wreck, and made it up into that cradle, and baby looks lovely in it. I'm afraid I gave a great deal of money for it, but one does not meet with such a beautiful thing every day:" and the nurse removed a screen from before the cradle, that its beauties might burst upon me suddenly and with the more effect.

Cold drops stood on my brow as I recognised, in the high sides and head of the cradle, the carving of ivy branches and berries I had so madly given Gillam when I destroyed the old bed.

"I thought you would have been so pleased," said Grace, disappointed by my silence as I stood spell-bound, my eyes following every line of the hated carving. "I thought you would have been so pleased to see baby in a cradle really worthy of him."

But I could not speak; I was oppressed by a sense of coming doom.

"It is very unkind of you," said Grace. "I had prepared a pretty surprise for you, and instead of being pleased, you stand and sigh and look as if you saw a ghost. Nurse, take baby out of his lovely cradle; we must get him a common wicker thing to lie in instead!"

And the nurse did as her mistress bade her, and lifted little Heneage from his cradle of death, for while we talked the child had slept his feeble life away.

I have no memory of what happened day by day during the few weeks following. It was one consuming fear lest my wife too should die. Six weeks after our child's death I carried her downstairs, and this was the only progress made towards recovery. She remained at the same stage of convalescence, made wayward by grief, with shattered nerves, and so weak in mind and body that I dared not thwart her in anything. As the dim, sunless days of autumn drew on, my little wife said to me as though we had never spoken on the subject before—

"I want the big empty room furnished for my sitting-room, Humphrey. I shall have a little sunshine there sometimes to cheer me in your dismal English winter, and it will amuse me to furnish it."

As I looked at her white wistful face, I felt that nothing mattered to me now, and I said, "Do exactly as you like, dear, in everything," and she was too listless to thank me.

But the work of transforming the sombre room into a bright boudoir proceeded rapidly, for Grace said with a shudder, "I will have no more old oak furniture."

My little wife always went to extremes, and now, in her antipathy to old oak, she filled the room with tawdry chips of furniture, chairs made of gilded matchsticks tied together with ribbons, that must sink into feeble ruins if a cat so much as jumped on them.

I entered into all her little fancies, and feigned excessive admiration of each fresh idea she had on the subject of decoration. I did her bidding, even to placing her couch on the very spot where the hated bed had stood. Thus was my resistance broken down, and I, who three years ago had tried by sheer physical force to thwart destiny, was now unconsciously working to bring about its fulfilment. It did not tarry long.

One gloomy November afternoon, Grace lay on her couch covered with soft shawls, and the window curtains were drawn back to give as much light as possible. The glow of the setting sun illuminated the room, and lent a more living hue to the grey pallor of her face. "How like the day when I first came to Walford Grange!" she said; "the sun is setting with the same fiery light. Do go into the garden, Humphrey, and see if the windows are aglow with red light as they were then."

And I left her to do as she asked me.

Seen from the garden, the house looked precisely as it had done on the day of our homecoming. From garret to basement every window glowed red in the light of the setting sun, as though from fire within. Everything that my eyes rested on was as it had been a year ago. Grace and I only were changed—changed in ourselves and changed to each other. I felt impatient of the changeless aspect of nature and of inanimate things around me, and I entered the house, now dark in contrast with the twilight without, and returned to my wife's room with a heavy heart.

"The house looks as it did when you first saw it," I said. "Till the sun sank behind the hill, the windows were lighted up with the same strange effect of fire that you noticed a year ago," and I threw a fresh log on the embers as I spoke, sending a bright train of sparks up the wide chimney. "Shall I light the candles?" I asked, turning towards my wife's couch; "the room is growing dark." But there was no reply. I was speaking to the dead.

In vain I had baulked the old bed of its prey, for there on the very spot where it had stood for three centuries and generations of my ancestors had died, the wife of the last of the Walfords lay dead.

I buried my sweet Grace by our little son, and on the night of the funeral, alone in my desolate home, I conceived the idea of freeing myself for ever from

the horror of darkness that had fallen on Walford Grange. I sent every servant away. I would have the house and my sorrow to myself.

When I was assured that I was alone in the house, I went rapidly from room to room in a strange exultation, speaking aloud and flinging open doors and windows till the cold night air rushed through chambers and passages, and curtains and hangings flapped in the wind.

“When I destroyed the old bed of death,” I said, “I thought to restore joy and brightness to Walford Grange. But I should have destroyed not it alone, but the room in which it stood, and the very house of which it formed a part. Never more shall man dwell in this house glutted with death. Never more shall the voice of the bride and bridegroom be heard in its chambers, or footsteps of children be heard on its stairs. Never more shall fire, subdued to harmless household use be kindled on its hearth, but fire untamed in its ferocity shall devour the accursed pile.” And I seized the burning log from the hearth and threw it on the couch where Grace had died.

Carrying a lighted brand, I sped from room to room of the doomed house, leaving in each a fiery token of my presence, and then, descending the wide staircase, where flickering shadows were cast from every open door, and the silence was broken by the crackling sound of flames, I let myself out into the darkness, closing the heavy door behind me with a crash.

On through the cold damp air I ran, the moon through a rift in the clouds guiding me by her fitful light, till, drawing her shroud around her, she left me again in darkness. Not once did I turn to right or left or look behind me till I had gained the summit of the hills that bounded the valley. Then I stood and turned to take a last look at the home of my fathers. Just then the moon, issuing forth in cold splendour from her bed of cloud, shed a solemn lustre far and wide. And I saw for the last time the house of my birth, the cradle and grave of my race, and every window from basement to garret glowed with fire, no mere reflected glare, but red from the raging fire within, and keen flames darted from the casement of the room above the porch.

I stood long to watch the fire of my own kindling, till when a sudden burst of light and leaping splendour of flame showed me that the gabled roof had fallen in, I shouted, took off my hat, and waved a last farewell to Walford Grange.
